

LOS ABORIGENES DEL PAIS DE CUYO

(Conclusión)

NOMENCLADOR HUARPE - PUELICHE - PEHUENCHE

A modo de complemento de los nomencladores anteriormente publicados, ofrezco ahora una nueva serie de nombres que proceden de la información levantada con motivo del alzamiento indígena de 1658 en Mendoza. En esa sublevación tomaron parte indios huarpes, puelches y pehuenches, a quienes pertenecen las denominaciones enunciadas.

ALAYO — también *Alaio* y *Alayu*. Llamado así “por nombre de su tierra”. Era puelche de “junto a los *Morcoyambes*” y su cacique se llamaba *Mucsa*. Vino en 1658 a la maloca, al lado de don Bartolo *Yoyarre*; y en el año precedente fué de los asaltantes a *Maule*, en Chile, donde había morado un tiempo y aprendido el idioma araucano. Enviado por don Bartolo, invitó a los Pehuenches para la aludida invasión a las estancias jesuíticas. Procesado en San Juan tras de esta maloca, se le ahorcó.

ALICO. — Paso de la Cordillera, camino a *Chillán*. Por él entró *Cuibi*, siendo muchacho, a *Chillán*, lo mismo que don Bartolo y su hermano, cuando los llevaron a Concepción.

AMAIU. — Cacique “de hacia las pampas”. (Declaración de Costanza).

AMBEITO. — Indio Puelche.

ANTON. — Indio oscollame, traidor a sus amos y benefactores los Jesuítas, fué desde *Jaurúa* al encuentro de don Bartolo, para informarle que los españoles eran pocos y que apresurase la maloca. Acerca de este personaje siniestro, que asesinó en el subsiguiente año al P. Esteban Pizarro, administrador de la estancia

de *Uco*, de propiedad de su Orden, —véase lo que dijimos a este propósito, en el capítulo V de la actual indagación.

ATENTARO. — Tal se llamaba “por nombre de su tierra”, don Juan, cacique de los Chiquillames. El de *Chiuque*, cargado también por él, era de procedencia puelche.

ATUEL, también *Atuer*. — Río del. A sus márgenes fueron sorprendidos y apresados los de la fracasada maloca a las fincas australes de la Compañía de Jesús, de Mendoza.

ATUER. — Por *Atuel*.

BALTA. — Indio morcoyán, —“chontal”: no entendía lo que se la hablaba; (en español). Su tierra era *Siccha*, en “el corral, arriba de la Laguna Grande”.

BARTOLO, Don. — Véase *Iuiaric* o *Yoyarri*.

CA. — “Tierra de *Pallentigac* y *Antón*, chiquillames y de otros de la propia nación, infieles el primero y el último y vasallos todos de don Juan *Chiuque*, cacique de Riveros.

CAILA. — Puelche, de nación oscollame, hechicero: su tierra llamábase *Potau*, “a la falda de la Cordillera”. Dábasele por cacique de la referida nación.

CAPUX MALLO. — Un paso a faldas de la Cordillera, frecuentado por los Pegüenches. Por ahí salieron los venidos para a de 1658.

CASULO. — Tierra sita adelante del *Atuer*, hacia el Cerro Nevado, del cacique *Cucucbo*, (sujeto a *Yucunta*, cacique principal).

CAU CAU. — Indio aucá, de los que entraron a *Maule*, en 1657. También se le llama *Cay Cay*.

CAY CAY. — Por *Cau Cau*. In voce.

COLCOL. — Indio pegüenche “de entre dos cordilleras” y sujeto al cacique *Velín*, llamado también *Sonsón*.

COLEMAGÜIDA. — Cacique pegüenche, de los asaltantes de 1658. Fué ahorcado.

COLLICAL. — Tierra del indio *Panteque*, “cuya nación era *Sequelquelám*, entre dos Cordilleras”. En boca de otro de los declarantes en la información de 1658, sonaba *sequelquián*, por *Sequelquelán*.

* *COTTO GAULATA*. — Por *Cotto-gualata*. (In voce).

COTTO GUALATA. — Tierra del indio *Llunculiche*, pegüenche. En otra parte, a efecto de la metátesis, está así, *Cotto gualata*.

CREO. — También *Creyu*. Pegüenche, cacique de la parcialidad llamada *Yarcecte*.

CREYU. — Por *Creo*. (In voce).

CUCUCBO. — Cacique de la tierra denominada *Casulo*.

CUIBI. — Indio puelche. Siendo niño entró a *Chillán*, trasmontando la cordillera por *Alicó*.

CUGUETA. — Cacique, al parecer pegüenche.

CUIUNDA, también *Cuyunta*. — Cacique a quien estaba sujeto el indio Juan, del servicio de V. de Córdoba, y cuya "tierra" llamábase *Teñcteca*.

CUYUNTA. — Véase el vocablo precedente.

CHACHAQUEN. — Cacique de la parcialidad *Jorgona*, cerca de *Chillán*, entre dos cordilleras. Era súbdito suyo *Palica*, de los aucás, presos cuando la invasión de 1658.

CHAMPARCAT. — Paraje cerca del Atuel, donde los Pehuenches se separaron en casi su totalidad, de don Bartolo, para regresar a sus pagos. Abundaba allí la cortadera. ⁽¹⁷¹⁾

(171) Creo del caso registrar acá, por vía de suplemento a este nomenclador, algunos otros temas de toponomástica cordillerana, que he logrado sorprender en mis ficheros, uno de ellos antiquísimo, como quiera que se remonta a mitad del siglo diez y seis, y el otro, moderno, relativamente, ya que data recién de principios del siglo diez y nueve. Demás está decir que las entidades geográficas de referencia, corresponden a nuestras precordilleras andinas, al sud de la jurisdicción de Mendoza.

Y sea en primer lugar:

CHAMPUNLLE. — Valle visitado por Francisco de Villagra en su viaje al descubrimiento de la Mar del Norte (el Océano Atlántico). A este propósito leo en uno de los documentos de la magna colección Medina (tomo XXI, pág. 403): "Villagra fué a descubrir el lago de Valdivia... y poco después volvió al descubrimiento de la Mar del Norte e yendo en el dicho descubrimiento pasaron la gran Cordillera; a veinte jornadas della, o poco más, hallaron dos ríos muy caudalosos (el Colorado y el Negro), que no les permitieron pasar adelante. Volvió a tomar otro camino en el cual, para pasar la tierra, fué a dar quarenta leguas más arriba, hacia el estrecho de donde habían pasado, por donde pasó la cordillera con mucho trabajo y los indios que allí había, estorbaban el paso; él, de allí dió en el Valle de *Magüey* (Malalhue), donde hay cantidad de gente e los conquistó".

Por otro de los testimonios documentales de la propia colección, (*Proceso de Francisco de Villagra*, setiembre de 1558, tomo XXII), se amplían y aclaran mejor estos datos.

CHEUQUE, por *CHIUQUE*.

CHIQUILL. LLAM. — También se lo presenta así a este tema, nombre de nación, en la sumaria de 1658.

CHIQUILLIM, por *Chiquillam*. — De los dos modos, en boca de un indio declarante en la información de 1658, que dijo ser de “abajo del Cerro Nevado”, cuyo cacique era don Juan *Chiuque*, cac. de Riveros, o sea, de la encomienda indígena de un hacendado español (chileno) apellidado así: con toda probabilidad Francisco Riveros. (*Lecc. de Historia de Mendoza*, por Verdaguier, pág. 23, texto y nota 3).

CHIQUISMAN. — Pueblo de donde era natural el indio Pascual, de la encomienda de V. de Córdoba, y sujeto al cacique *Cucucbo*.

CHIUQUE, también *Cheuque*, don Juan. — Cacique de Riveros; “de la tierra”, “abajo del Cerro Nevado”. El nombre *Chiuque*, era puelche.

CHOAY. — Cacique aucá, de quien se hace memoria en la información de 1658.

Uno de los declarantes del Proceso depuso que “de los términos de Valdivia le vieron salir (a Villagra) a un valle que se dice *Malathue* y otros valles que no se habían descubierto, muy poblados de naturales.”

Otro de los deponentes sabe “que fué a descubrir la Mar del Norte e que de camino conquistó y descubrió el Valle de Magüey.”

Un tercero, en fin, dijo que Francisco de Villagra “descubrió los valles de *Magüey* y *Chompuulle*...”

Asta-Buroaga registra en su *Diccionario Geográfico de la Rep. de Chile*, la siguiente anotación: *Champulli*: fundo del departamento de Osorno, situado en la ribera sud del río Rahue poco distante de la confluencia de éste con el Río Bueno y hacía el N. E. de San Juan de la Costa. Su nombre es imutación de *thampulli*, que significa “loma desnuda o pelada”. Pág. 218.

El otro exponente geográfico, pero no de edad avanzada como *Malargüe* y *Chompuulle*, es el siguiente, registrado por Trelles en una de sus eruditas publicaciones, bajo el título de:

CHANSIQUIL — (“árboles juntos”) nombre aplicado por los indios al paraje llamado por los españoles *Juncal*, a tres jornadas y media del Fuerte de San Rafael, del Diamante al Este, frente al Cerro Nevado. Exploración hecha en 1806. (Véase, *Revista Patriótica del Pasado Argentino*, t. 3, pág. 267).

Acaso el segundo de este binomio de nombres (*Chansiquil*), poco menos que ignorados, de nuestra paleogeografía cordillerana, tenga que ver algo, sino mucho, con el *Champarcat* de 1658, en que abundaba la cortadera, sino hermana, prima, en último caso, de cierta clase de juncos.

Ocúrreme también la idea de que *Chansiquil* pudiera ser acaso *Siquiyán* invertido, como el *Tupungato* lo es del *Putuncati*, de mi nomenclador general.

A ser así la cosa, estaríamos, sin ninguna duda, en tierra de Siquillanes o Chiquillames.

CHUELAYA. — Cacique de los Puelches, asesinado en 1649. Lo menciona Henrich: *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*. Tomo I, cap. XIV, pág. 555, n. 19.

EPU. — Nombre dado por los araucanos o pehuenches a las dos célebres lagunas, *Yancanelo* y *Urre* o *Curu-lauquen*, sitas en territorio de jurisdicción de los Puelches. *Epu-lauquen* significa “dos mares”, —por el inmenso caudal de sus aguas en tiempos pretéritos. Hoy en día, están casi agotadas. (Véase la nota 175, al final de ella).

GAURUA. — Por *Jaurúa*: tema geográfico conocido.

GUETIYU. — Puelche. También *Guctiu*, *Getiyu* y *Guetiyo*. Así llamado “por nombre de su tierra”, que era *Palauca*. Fué de los asaltantes de 1658. Se presentó con el cabello cortado, a manera de los aucás, para que no se conociera su procedencia efectiva.

ILUNCULICHE. — Véase *Llunculiche*.

IUIARIC. — D. Bartolo. Natural y señor de las tierras del Payén, sito “a una y otra banda del Río” (172). Se llamó por nombre de su tierra *Iuiaric* o *Yoyarri*. Ignora el de su padre, por que murió siendo todavía él muy niño. Muchacho aún, le llevaron a Chillán, distante de sus pagos “tres días de camino, al paso de los indios”. Acá le bautizaron junto con un hermano de él, imponiéndoseles, respectivamente, los nombres de Bartolo y de Juan. De ahí lo enviaron a Concepción y luego a Talcahuano, a la hacienda de don Alonso de Miranda. De ésta “se huyó, por haberse acordado de su tierra”. Heredó de su padre el cacicazgo, aunque alguno de los deponentes indígenas en la Información de 1658 le declaró usurpador de dicho cargo. En 1657 entró en Chillán junto con su hermano Juan, llamado *Polo* en lengua puelche y siete indios de dicha nación, habiéndose hallado todos ellos unidos a los Aucaes cuando el asalto y asolación de Maule en que fué una de sus víctimas el hermano Lorenzo Escobar, S. J., cuya sotana hallóse en poder de uno de los bárbaros que en el año subsiguiente pretendieron asaltar las estancias de la Compañía de Jesús en los valles de Uco y de Jaurúa, territorio de Mendoza. Cuando la invasión de

(172) En otra parte se dice “que su tierra es en la Laguna Grande, hacia Payén y que hasta un río grande que está más allá de Payén, son sus tierras: el Colorado.

1658, acaudilló a las cuatro naciones siguientes, confederadas a los efectos de la maloca: la de los Morcoyanes, que es la suya y de su cacicazgo, la de los Chiquillames, cuyo cacique era D. Juan, y por nombre de su tierra Atentaro, y en puelche, Chiuque, de Valentín de Córdoba, la de los Oscollames, de que era Señor el indio Caila, y en fin, la de los Pehuenches, cuyo cacique era *Colemagüida*. Las tres primeras corrían bajo el apellido de Puelches. Pero, “a los que están a uno y otro lado de la cordillera, se les llama en Chile, *Puelches*” (173).

JAURUA, Valle de. — Con el de *Uco* eran fronterizos del Diamante y del Cerro Nevado.

JORJONA. — Parcialidad de nación pehuenche, sita entre dos cordilleras, “hacia” o “cerca” de Chillán: que en las dos formas aparece en la información de 1658 (174).

LANCANELO. — Por *Yancanelo*. (In voce).

LLUNCULICHE. — Indio pehuenche. Su tierra era *Cotto Gualata*.

MALALHUE. — Por *Malargüe*. Véase este nombre.

MALAR, por *CORRAL*, en boca de los Puelches. Véase el siguiente.

MALARGÜE. — Paraje histórico célebre, sito en territorio puelche - morcoyán, a inmediaciones de la no menos famosa laguna de *Lancanelo* o *Yancanelo*. Acerca de una y otra de ambas entidades nos brinda algunos pormenores interesantes la información de 1658, que sirve de apéndice a la primera parte de estos estudios. Uno de los declarantes, el indio Cristóbal, de la encomienda de Valentín de Córdoba, interrogado respecto al sitio en que los Pehuenches habíanse juntado con D. Bartolo Yoyarri, para venir a

(173) Y preguntándole por qué las parcialidades de Morcoyanes, Oscollames y Chiquillames se nombran así, contestó —que ese es el nombre de sus naciones, y que los que están en la cordillera de una banda y de otra, son puelches, como ellos se nombran. De ahí la denominación de *Puelches de adentro*.

(174) *En la Descripción de la Costa Meridional del Sud, llamada vulgarmente Patagonia*, por Antonio de Viedma, señalase un paraje llamado *Gorgona* en el puerto de S. Gregorio. (De Angelis, tomo *Patagonia*). Alcedo, registra en su *Dicc. Geográf.* este artículo: *Gorgona*, Isla en la Mar del Sud (Océano Pacíf.) cerca de la costa de la Prov. de Barbaças, muy peligrosa para los navegantes. “Sabidos son los padecimientos porque atravesó Pizarro en dicha isla cuando su expedición descubridora al Perú”. (II, pág. 204).

la maloca, en el año susodicho, —contestó que el encuentro habíase verificado “allá donde llaman el *Corral* (Malargüe) en la Laguna Grande (Yancanelo) que está hacia Payén, que el corral lo hizo don Luis de las Cuevas”. Por su parte, un compañero del indio anterior, Pascual, —acusado de haber venido junto con los Puelches y Pegüenches de la invasión, expuso que él habíase incorporado a los mismos, para tal objeto, “en la Laguna Grande (Yancanelo) donde está un malar (Malargüe) que llaman Corral, que hizo don Luis de las Cuevas”. Este paraje o asiento fué conocido con este nombre desde mediados del siglo XVI y sobrevive hasta hoy con la propia denominación, habiendo sido uno de sus últimos propietarios el general D. Rufino Ortega, hijo de Mendoza. Lo propio díjase de su vecina y contemporánea, la Laguna Grande, traducción, sin duda, de su apellido indígena, *Yancanelo*, de extracción puelche o del idioma millecayac, talvez. ⁽¹⁷⁵⁾.

(175) Creo del caso llamar acá la atención de los lectores sobre una rara coincidencia de que fué teatro y testigo el célebre Malar.

Ya, cerca de dos lustros antes, a inmediaciones de la Gran Laguna y del Malar, habíase verificado un parlamento en que también fueron protagonistas los Puelches.

Por octubre de 1650 el padre Diego Rosales, misionero jesuita de los de Chile, pasó junto con el cacique Catinaquel y siete libertos que conducía a los brazos de sus padres, a través de la cordillera y se internó por el territorio de los Puelches, a quienes iba a pacificar según compromiso del padre con el gobierno chileno. Los convocó a parlamento, celebrándose éste en Pintullanca, a inmediaciones de la Laguna Grande, “donde concurrieron muchos puelches pintados, hombres y mujeres y vestidos con cueros de guanacos a ver al padre: acaudillábalos el cacique Malopara. “Este indio, —escribe el padre Rosales, citado por Enrich,— era de gran estatura y bien dispuesto, venía vestido de un vellón de tigre; su rostro y cuerpo muy pintados, con arco y flecha en mano, su carcaj al hombro, en la cabeza un tocado de una red y al rollete entretejidas muchas flechas, con puntas de pedernal blanco, y plumas de colores en el otro extremo. Púsose en medio, con su flecha en la mano, y habló en dos lenguas, haciendo su parlamento: primero en la lengua de Chile, —respondiéndole al padre y al cacique Catinaquel, y luego en lengua puelche, para que entendiesen lo que uno y otro de los recién venidos y Malopara habían hablado los que no sabían el idioma de Chile sino el puelche, que es en todo diferente.

La alocución del jefe puelche, —reproducida por el citado historiador Rosales a la vez que por el P. Enrich (*Historia de la Compañía de Jesús de Chile*, t. I, pag. 556 y sig.) fué una pieza interesante, plena de emoción y de energía y rebosaba de una elocuencia que acaso se la podría calificar de rupestre. La misión de Rosales y de su noble compañero no fué infructuosa. Sellóse la paz entre los cristianos y los puelches, y luego la de los últimos con otros de los fieros moradores de la montaña, vecinos suyos, los Pehuenches. (Obra y tomo citados, pág. 555 y sig.).

Fuera del padre Rosales y de Enrich que lo siguiera, por ninguno de los geó,

MALGÜEN. — Por *Maluén* (véase *Maluén*). Llamábase así, “por lengua de su tierra”. Era de la encomienda de V. de Córdoba. Fué de los asaltantes de Maule. Se le condenó a pena capital.

MALOPARA. — Cacique puelche que acaudilló a los suyos a mediados del siglo XVII y tan destacado papel desempeñó en el parlamento celebrado por Puelches y Pehuenches, en 1650, en Pintullama, a inmediaciones de Malargüe y de la Laguna Grande. Véanse las notas 175 y 176 de este libro).

MALUEN. — También *Maluén* o *Malué*. Indio natural de Palauca, “hacia Payén”, de una “tierra o parcialidad cerca de los

grafos, historiadores y atlas antiguos que he consultado sobre el asunto, no se hace mención de esta entidad toponímica. De ahí que, tálamo vacilante, por no decir, con mano trémula, asigné por teatro de la memorable entrevista a la Laguna Grande, al Yancanelo, sito a inmediaciones del no menos famoso “Malar”. Pero, después que he pasado vista por el texto mismo del padre Rosales (edic. de 1877) no ya tanto en el libro y Capítulo a que Enrich alude en los suyos, sino en el capítulo undécimo, libro segundo, —ratifico sin ningún embarazo tal aserción. Dice, pues, Rosales, a mi propósito: “Por la misma línea y camino de la Villa Rica están en medio de la Cordillera (“entre dos cordilleras”) las dos famosas lagunas de *Epulabquen*, que significa dos mares, porque en la grandeza se parecen”. (pág. 255).

Claro, clarísimo, pues, que los dos piélagos o lagos que constituían aquella entidad dual o bifurcación de naturaleza hidrográfica, eran el *Yancanelo* y el *Urre-lauquen* o *Curu-lauquen*, nombre con que es conocido hoy el último.

Convengamos que el parlamento de 1650 presidido por Rosales, debió realizarse en los alrededores de *Yancanelo*. Me decide a sostener que allí debió tener lugar la entrevista, el hecho de que ese lugar fuese rico en pastos y que se encontrase sobre el camino de Chile. Seguramente las aguas del *Urre-lauquen* fueron testigos del extraño suceso que narra el P. Rosales como acaecido algunos meses antes del parlamento: una acción naval entre los puelches dueños de dicho territorio ayudados por dos holandeses y un negro y un destacamento de 16 españoles armados de arcabuces y varios miles de aucaes comandados por Luis Ponce de León.

En su calidad de antecedentes relativos a los dos sucesos rememorados y para esclarecer mejor aún, si cabe, la exacta ubicación del segundo término de la entidad *Epu-lauquen* del padre Rosales, transcribo del propio historiador los testimonios que siguen:

“Tenían estos indios (los Puelches) una cosa que los hacía más valientes y atrevidos para hacer daño... que era el tener consigo dos holandeses y un negro, que los animaban y capitaneaban”. (Libro IX, cap. 24, pág. 39). “Los holandeses eran de los que se le huyeron al Gral. Enrique Brant cuando vino apoblar a Valdivia que metiéndose por la tierra adentro pasaron la cordillera y estaban en la parte de ella que se llama *Epulabquen*, que es ya como de la otra banda y que mira a las Pampas de Córdoba y de Buenos Aires, donde ellos intentaban salir”. (Lug. cit.).

En cuanto al itinerario seguido por Ponce de León y los suyos, dice el padre: “Salió por un camino que hay... que parte la cordillera y hace una abra de treinta leguas de largo entre cordillera y cordillera, llegó a *Epulabquen* y corrió la tierra, ect.” (Lugar citado últimamente).

Pehuenches'', —dícese por algunos de los testigos en la Información de 1658: indio morecoyán, en una palabra.

MATIAN. — Cacique de los Pegüenches.

MOCSA o *MUCSA*. — Indio natural de Silquilehi, "arriba de la Laguna Grande, hacia Payén", —era puelche - morecoyán.

MOCSA. — También *Mucsa* y hasta *Mocsia*. Cacique del cual era súbdito el indio *Alayo*. (Véase este nombre). Era natural de Silguiche o Siguilche, "arriba de la Laguna Grande hacia Payén".

MOCSIA. — Por *Mocsa*. La desinencia *sa* trocada en *sia* parece indicar que esta *s* era sibilante, y que el tema se pronunciaba así, a la italiana: *Moscia*.

MORCOYU. — Apellidábase así un muchacho de la parcialidad o sector morecoyán, que figurara entre los indios invasores de 1658. Según *Mocsa*, éste era el legítimo cacique de los de su sector, y no don Bartolo Yoyarri, que no era más que un usurpador.

MUCSA. — Por *Mocsa*. (In voce).

NOLAICHO. — Se le dió por uno de los deponentes en la Información de 1658, como uno de los aucás asaltantes de *Maule*, el año anterior.

ÑANCANELO. — Por *Yancanelo*. Nos trae el recuerdo del vocablo diaguita *Capayán*, convertido por algunos en Capañán, a objeto de hacerlo significar "el camino del inca": *capac*, rey, inca, señor, y *ñan*, camino; todo en lengua del Cuzco, se entiende.

OICOS. — "Indios de la tierra". No debían de ser acaso una misma cosa con los *Oscollames*, clasificados también de "indios de la tierra". (Véase el siguiente y *Holcotiam* en Nomr. Gral.).

OSCOLLAMES. — "Indios de la tierra". No tenían cacique propio, para la fecha. Hacía de tal, *Cayla*, aceptado por ellos en virtud de ser "hombre de gobierno". Con los Morecoyanes y los Chiquillames formaban los tres sectores puelches sobre que se extendía el comando general de don Bartolo, teniendo, sin embargo, en calidad de jefes o parcialidades respectivamente a *Yoyarri*, *Chiuque* y *Cayla*. Y acá se impone una nota ilustrativa. Si los *Oicos* u *Oscollames* eran "indios de la tierra", o sea, huarpes, —étnicamente no se les podía clasificar de *puelches*: lo que explicaría por qué el defensor de Naturales, Sáez Melón, dijese a raíz de la sumaria

hecha a los asaltantes de 1658, —en la cláusula 15 del Interrogatorio: “Iten, si saben (los testigos) que los Oseollames no son puelches, porque siempre han servido algunos de ellos al capitán Juan Bustos por indios de don Matías de Toro, y que el andar con la parcialidad del dicho don Bartolo, es porque son circunvecinos y parientes y que no son enemigos”... Por lo demás, he dudado desde un principio y dudólo también hasta hoy, que *Oicos* y *Oscollames* fuesen una sola y única entidad, pues, por una parte, todos o casi todos los declarantes de la Sumaria de 1658, incluso D. Bartolo, dan por ausentes a los *Oicos*, de la aludida invasión, y por el contrario, como actuantes en la misma, a los *Oscollames*, distinguiéndose entre éstos, Antón, apóstata abominable, que en el año subsiguiente diera muerte, por sus propias manos, al virtuoso padre Pizarro, su insigne benefactor.

En todo caso, a los indios *Oicos* u *Oscollames* se los clasificaría con toda probabilidad, de *puelches*, o “indios orientales”, por los del otro lado de la Cordillera, indígenas o españoles. En tiempos del P. Falkner, según éste lo asevera en su *Descripción*, a los indios más próximos a la ciudad de Mendoza se les llamaba *Picunches* (nordeños) por los de esta banda de la cordillera y *Puelches* por los de aquel lado. Nótese que, según el citado jesuita, para aquella fecha los Picunches habían desalojado a los Diamantinos: y en fin, que los Picunches llamaban *Huilliches* a sus fronterizos, los Pegüenches. (Falkner).

PALAUCA. — Tierra de la cual era natural el indio *Payentigac*, cerca de los *Pegüenches*.

PALEGUE y *PALIGUE*, por *Palica*. — (In voce).

PALICA. — Pehuenche de cerca de Chillán (de hacia Chillán?), de una parcialidad llamada *Jorjona*, sujeta al cacique Chachaguen. Su tierra, “entre dos cordilleras”. También aparece nominado, *Paligue* y *Palegue*.

PALIQUE, por *Palica*. — (In voce).

PALLENTIGAC. — Indio chiquiyán, de la tierra de Ca, “más arriba del Cerro Nevado”. Confr. con *Payectique*.

PANTEQUE. — Indio pehuenche, cuya “tierra” era *Collcal*, y su nación *Sequelquelán*, “entre dos cordilleras”. De los procesados en 1658.

PAYECTIQUE, don Juan. — Su tierra era *Yucunta*, —indios del valle de Diamante. Un indio chiquillán de los declarantes en Infor. de 1658 declaróse súbdito de este mandón.

PAYEN. — Cerro (sierra) sito más allá del Cerro Nevado y la Laguna Grande (Yancanelo): los dominios del cacique Bartolo, según éste, eran en la Laguna Grande “hacia Payén, —hasta un río grande que está más allá de Payén” (el Río Colorado).

PAYENTIQUÉ. — Indio chiquiyán de los tomados en la maloca de 1658. Confr. con *Pallentigac*.

PEGÜENCHES. — También pehuenches, —que de los dos modos aparece escrito este nombre en la Información Sumaria de 1658, al igual que en otros manuscritos e impresos de fecha anterior y posterior a la indicada. Conocida es la etimología de este nombre: *pehuen*, pino; *che*, gente, —en idioma araucano, de los bárbaros referidos: “indios de los Pinares”: como que su región hallábase poblada de dichos árboles, y la fruta de éstos constituía acaso su principal alimento. *Pehuen-mapu*: la cordillera o tierra de los *Pehuenches*, escribe el padre Fébres. Estos eran valientes, indómitos, astutos, rapaces y crueles, como sus vecinos, pero más industriosos y sedentarios que ellos. Otrora confederábanse con los aukaes o indios rebeldes, de Chile para maloquear a los españoles de dicho país y con los puelches para asaltar a los europeos de esta banda de la cordillera, cual sucedió en, antes y después de la invasión de 1658. Para esta fecha eran caciques de esta región: Matían, Sonsón, llamado también Velín, etc. ⁽¹⁷⁶⁾.

(176) *Pehuenches de color europeo*.

Cuando la comisión exploradora enviada por el Teniente de Capitán General al Atuel, llenaba su cometido visitando las tolderías de la gente de D. Bartolo, tras de su fracasado asalto a las estancias de Uco y de Jaurúa, llamó la atención de los recién llegados, la actitud asumida ante ellos por “un indio pequeño, blanco, que se había alborotado más que los otros y tomado flechas y hecho parlamento para que se pelease con los españoles”. Según otro de los declarantes, aquel bárbaro impulsivo, de color a la europea, era pehuenche.

Ahora, pues, habiéndonos ocupado in verbo *Malargüe* de la famosa asamblea de pehuenches y puelches celebrada a inmediaciones del Malar, en 1650, bajo la presidencia del padre Diego Rosales, no es indiscreto que presente yo, por mi parte, al pequeño indígena blanco del episodio evocado, como un caso o un ejemplar corroborativo de una de las aseveraciones más valientes, más audaces del indómito Malopara, ante el Parlamento, en defensa de los de su raza, de su nación, la puelche. He aquí esas frases, según las ha reproducido el historiador Enrich en una de sus páginas:

“Nunca hemos hecho la guerra, —exclamaba el altivo mandón—, ni pretendido ampliar nuestro señorío, ni aumentar nuestras haciendas. Las que tene-

PEHUENCHES, por *PEGÜENCHES*. — In voce.

PICHAGUA. — Indio guarpe de San Juan, de los que aprehendieron a *Alayo*, fugitivo, para la fecha.

PINARES. — Región “entre dos cordilleras”, habitada por los *Pegüenches*.

PINTULLANCA. — Paraje sito a inmediaciones de Malargüe y de Yancanelo, al parecer, —donde celebróse en 1650 el ruidoso parlamento de Puelches y Pehuenches, a que asistió el misionero jesuita padre Diego de Rosales. (Véase las notas 175 y 176 de este volumen). Tomaba el nombre de su Cac., llamado así.

POCA. — Paraje, en las tierras de don Bartolo, donde éste esperó a los Pegüenches, que debían acompañarlo en la maloca de 1658.

POLO. — Así llamábase “por el nombre de su tierra” don Juan, hermano de Bartolo.

POTAU. — Tierra del indio Cayla (cacique), puelche morcoyán. Situación: “a faldas de la cordillera, de esta banda”.

PUELCHES. — Nombre aplicado por los españoles e indios de Chile, especialmente a los *Morcoyanes*, de que era cacique Don Bartolo *Yoyarri* y que se lo había hecho extensivo también, —ya para 1658, a los *Chiquiyanes* y *Oscoyanes*: sectores sobre que ejercía *Yoyarri* su comando general para tal año. Nótese que a cada una de estas parcialidades o “naciones” se las designaba, respectivamente: A la 1ra.: *Morcoyam*, *morcoyán*, *Morcollam*, *Morcoyames*, *Morcoyanes*, *morcollames*, *Morcoyampes*, *morcollampes*: o en virtud de la aféresis: *Orcoyam*, etc., etc. A la 2da.: *Chiqui* o *Siqui*, siempre cualquiera de estos prefijos, seguido de las mismas desinencias del tema anterior. A la 3ra., la expresión *Oscó*, seguida de idéntica terminación. Algunas veces, aquella aparece inmutada en *Oicos*, los

mos, las llevamos siempre con nosotros: nuestra habitación es el campo, nuestras viviendas toldos de cuero. Sólo en la razón nos mejoró naturaleza a las bestias, y esa nos ha contenido para no tener enemistades con nadie. Cuando los españoles poblaron antiguamente a Chile, aquí nos dejaron, despreciándonos por pobres y motejándonos de inútiles. Con los de Chile tuvieron sus tratos y sus comercios, y esos, ingratos a sus beneficios, se volvieron contra ellos, y les hicieron guerra, quitándoles las vidas, las haciendas y las mujeres, y engendrando hijos en las españolas, levantando de punto su natural, con la multiplicación de los hijos blancos y mestizos de los sangres, mixta de indio y de español.”... (Véase nota 175).

Oycos, con la clasificación de “indios de la tierra” o *Diamantinos*, por habitar a una y otra banda del Diamante (177).

QUEREYU. — Cacique de los asaltantes de Maule en 1657. Confr. con *Creo* y *Creyu*, que acaso eran una inmutación de *Que-reyu*.

QUERO. — (¿Cuero?). Cacique pegüenche. Véase *Sequiyu*. Confr. con *Panteque*. Véase también *Pantecuero* del Nomenclador general.

QUILEU. — Indio pegüenche que junto con *Sonsón*, invitó a *Bartolo* para la maloca de 1658.

QUILICA. — Indio “de tierra adentro”, huilliche, que guió a los *Pehuenches* camino de las tolderías de *Bartolo*, en calidad de confederados suyos para la maloca fracasada de 1658.

QUIÑA. — Cacique de los *Oicos*. Más correcto fuera decir, uno de los caciques de los *Oicos*, ya que al parecer, el cacique mayor de éstos era para entonces don *Juan Chiuque*.

Confr. con *Quiña* del Nomenclador general.

RUA. — Cacique de los *Puelches*, abuelo de don *Bartolo* y antecesor de éste en el cacicazgo.

SAQUIRQUER. — Tierras habitadas por *Pegüenches*, que se los individualizaba con dicho apellido. Caían en lo que se indicaba por “tierra adentro”.

SAGUISQUER (sic). — Por *Saquirguer*.

SAQUIYU. — Cacique *pehuenche*, que con los caciques *Que-ro* y *Usurpalio* maloquearon a *Maule*.

SEPEGUALA, por *SIPIGUA*. — (In voce).

SEQUELQUELAN. — “Nación *pehuenche* de entre dos cordilleras”. (Véase *Colcal*).

SEQUESIAM. — Indio *pehuenche*, natural de *Jorgona*, “de entre dos cordilleras, hacia *Chillán*”.

SICHE. — Véase *Sicche*.

(177) Por más datos véase el capítulo V de este libro y el Apéndice primero del mismo, en párrafo intitulado *Cargos a don Bartolo y a los demás sus sujetos*.

SICCHE o **SICHE**. — Nombre de la tierra de un indio puelche (morcoyán), sita “en el corral, arriba de la launa, (sic, por laguna). Su cacique era don Bartolo.

SILQUICHA. — Paraje de donde era nativo el indio Moca, “arriba de la laguna hacia Payén”. También *Siquilcha*.

SIQUILCHA. — Por *Silquicha*.

SILQUICHI, — paraje de donde era natural el indio *Moca*.

SIPIGUA, también *Sipiguac*, *Xipigua* y *Sepegueta*. — Indio natural de *Palauca*, súbdito de don Bartolo. Hermano de él era *Guetiyyu*. Tomó parte en la maloca de Maule. Se lo ahorcó.

SIPIGUAC. — Véase *Sipigua*.

SIQUILLAMES o *Siquillanes*, por *Chiquillames*, etc. — Véase el título *Puelches*.

SONSON, también *Sonsont* y *Senson*. — Cacique pehuenche, por otro nombre *Velín*, “de entre dos cordilleras”. Bartolo clasificábale de “capitanejo”.

URRE-LAUQUEN. — Laguna, “Agua negra”. Hoy, “La Amarga”. (Véase *Epu-lauquen*).

SURPALIO. También *Usurpalio*. — Se halló en el saqueo de Maule.

TANCA. — Indio pehuenche, natural de *Payén* arriba, hacia el sud, entre dos cordilleras.

TEÑTECA. — Tierra de donde era natural Juan, sujeto al cacique *Cuiunda* de la encomienda de Valentín de Córdoba.

UACORON, Valle de. — Allí se tomó declaración a don Bartolo por el jefe de las fuerzas españolas, en 14 de agosto de 1658. Dicho paraje distaba poco del río Diamante.

UCO, Valle de. — Con el de Jaurúa “eran fronterizos” del Diamante y del Cerro Nevado. Por más noticias véase el Nomenclador general.

UOHEMTA. — Indio puelche, amo del español Pedro García que huyóse afortunadamente de las cuadrillas de bárbaros comandadas por don Bartolo en 1658.

USURPALIO. — Véase *Surpalio*.

VELIN. — Otro apellido del cacique *Sonsón*. In voce.

VILLARRUI. — Un indio aucá.

XIPIGUA. — Por *Sipigua*.

YANCANELO. — También *Lancanelo*, y en algunos mapas modernos de la Argentina, *Ñancanelo*: la famosa “Laguna Grande” tantas veces mencionada por indígenas y españoles, en la no menos célebre información de 1658, cuyo texto va reproducido en estas páginas.

Acaso el título de “Laguna Grande” (“launa”, decían algunos declarantes indígenas, ladinos) no fuese sino la traducción española de su apellido aborígen, *Yancanelo*. (Véase la palabra *Malargüe*).

YARCECTE. — Cacique aucá. Confr. con *Milán coán yoán*, de 1707, que figura en mi libro *Tiempos y Campos heroicos*.

YOCUNTA, también *Yucunta*. — Indio Chiquillán, del valle del Diamante, súbdito del cacique don Juan.

YOYARRI, y también *Iuiaric* (*Yuyaric*). — Apellido de don Bartolo.

YUYARRIC, — por *Iuiaric* o *Yoyarre*: apellido indio de don Bartolo, cacique general o grande de los Puelches.

Cabe aquí esta especie de haz o florilegio de datos sobre etnografía puelche, suministrados también como los de toponomástica andina que enriquecen el presente nomenclador, por la de todo punto de vista notable información de 1658. Unos con otros se dan la mano estos informes y se complementan.

Y no se lleve a mal su abigarrada colocación. Se trata de un manojo de espigas o de un bouquet formado con materiales recogidos como al acaso.

Un poco de paleo-geografía puelche, desde luego.

TIERRAS DE LOS PUELCHES. — Mejor sería decir, —en que ellos merodeaban o excursionaban más frecuentemente, ya que el nomadismo constituía una de las modalidades étnicas de las tres “naciones” o parcialidades, *Morcoyanes*, *Chiquiyanes* y *Oscoyanes*, sujetas al cacicazgo general de don Bartolo, —como lo fué también

de tres de los sectores *Het*, en que el etnólogo jesuíta Falkner subdividió en su tiempo a la gran familia puelche. (a)

Oigase sobre este asunto a los declarantes.

Don Bartolo..., “que su tierra es en la Laguna Grande, hacia Payén y que hasta un río grande que está más allá de Payén (el Colorado) son sus tierras”; (b) y añade, “que desde sus tierras a Chillán hay tres días de camino, yendo despacio, al paso de indios”.

El indio Miguel..., “sus tierras son a faldas de la cordillera, en el Río Colorado, hacia Payén”.

Cristóbal (indio): que el paraje donde los Pehuenches se juntaron con Bartolo, —territorio de éste, fué “donde llaman el Corral, en la Laguna Grande que está hacia Payén: el corral lo hizo don Luis de las Cuevas”. Sin duda, uno de los primitivos colonizadores españoles de la región. El coterráneo y camarada de éste, Pascual, dijo haberse él juntado con el cabecilla de los maloqueros “en la Laguna Grande, donde está un malar que llaman corral, que hizo don Luis de las Cuevas”.

Francisco, chiquillame, de los invasores: “que él se juntó con don Bartolo y su gente en un arroyo que entra en una laguna grande, adelante del Río del Atuer”.

“La tierra de don Bartolo, dijo Pallentigae, indio infiel, es a la falda de la Cordillera; por ahí suelen salir los Pehuenches. Estos que vinieron (a juntarse con Bartolo) salieron por ahí; se llama *Capuxmallo*”.

La declaración del fugitivo cristiano Pedro Garcéa suministra, a este respecto, pormenores muy interesantes. Un día antes de evadirse, oyó a los de la cuadrilla invasora, puelche-pehuenche, burlada ya en sus siniestros planes, que se dividirían, encaminándose “por diversas partes, para juntarse en una Laguna Grande que hay delante del Cerro Nevado, entre el dicho cerro y la cordillera que llaman de Payén”.

En síntesis, Cristóbal, indio del repartimiento de Valentín

(a) Interrogado el indio *Caila*, de los asaltantes del 58, “cuál es su tierra y quién su cacique, —respondió, que él “se anda siempre de aquí para allí, y que es de junto a los Orcoiambes”.

(b) En otra de sus declaraciones dijo el régulo morcoyán que “sus tierras son Payén y de una y otra banda del río” (Colorado).

de Córdoba, declaró que “a la tierra de don Bartolo la llamaban *Tierra de los Puelches*.” (c)

Y permítaseme poner acá mi cuarto a espadas. Creo que a mérito mismo de los antecedentes que se nos brinda a este respecto, sería a la postre más lógico, mejor apropiado o más técnico, designar a la zona territorial aludida con el nombre de Tierra de los *Morcoyanes*, ya que a los *Chiquillampes* y *Oscollames* (d) se los ubicaba, sucesivamente, a los primeros, cuando no “en las tierras del Diamante”, a las orillas del Atuel y a los últimos, a las faldas del Cerro Nevado. Hablarían los del trinomio idéntica lengua y obedecerían a un mismo régulo, al mismo cacique general, pero mediarían quizás entre unos y otros, respectivamente, algunas disparidades étnicas, ya que el calificativo puelche, es sobre todo topográfico. Mas, si desde este punto de vista cabe de veras la conjetura, no reza ya la misma en lo que atañe a los dos primeros:

El idioma y el régimen gubernamental

Oigase sino a algunos de los deponentes, hispanos o indígenas, del memorable proceso.

El cacicazgo era hasta cierto punto, hereditario entre los Puelches, pero sujeto en cuanto a la investidura o goce de él, a cierto número de formalidades, comunes, al respecto, entre los aborígenes americanos a estilo de los de que me ocupo, en que el gobierno no era, a la postre más que una behetría. De *Rua*, abuelo de don Bartolo, recayó el cacicazgo en el padre de éste, quien hizo abandono del mundo de los vivos cuando su hijo gateaba aún, razón por la cual asumió el gobierno un tío de él, llamado Juan, hasta que el heredero alcanzase la mayor edad. Ya a dicha altura y también coincidiendo esta circunstancia con el óbito del regente, que-

(c) Requerido don Bartolo sobre lo que supiese acerca del asesinato ocurrido un tiempo antes en dicha comarca, —de un español y de una española, que venían huyendo de los aucaes, camino de Mendoza, dijo que aquel doble homicidio habíase verificado “adelante de la *lavana* grande, hacia los Puelches”.

Por su parte, la india Inés, a propósito de otro de los renglones del interrogatorio, contesta haber ella estado en las tierras de don Bartolo, “que son entre dos cordilleras, hacia Payén y que a los dichos indios y al dicho don Bartolo los llaman Puelches”.

(d) “Las tierras de los Chiquillames eran las del Diamante”. (Declaración del indio Miguel, de dicha parcialidad).

dó de hecho y de derecho el nieto del viejo Rúa en posesión del mando, viendo incorporados en breve a sus súbditos propios, los Morcoyanes, a las dos cuadrillas fronterizas de éstos, los Chiquillames y los Oscollames, —clasificados también de puelches por los colonizadores hispanos y los indios.

He aquí algunos testimonios sobre la materia.

Don Juan, cacique de Valentín de Córdoba... Preguntado si sabe qué gentes estaban con don Bartolo, cerca del Atuel, cuando los apresaron, contestó, “que todos eran puelches y que por las parcialidades se denominaban Morcoyanes, Oscollames y Chiquillames”.

El mismo Bartolo declara categóricamente “que trae agregados (a los efectos de la maloca) cuatro naciones, —la suya que son morcoyanos, otra llamada Chiquillam, cuyo cacique es Juan, de la encomienda de Córdoba, llamado por nombre de su tierra Atentaro. De las otras, una es la Oscollam, acaudillada por Caila, (e) y la restante pehuenche, que trajera por jefe a Colemahuida, condenado entre los primeros a la horca. Agregó todavía que “quitados los peguanches, todos los demás eran puelches. Las parcialidades, dijo, se llaman respectivamente, *Morcoyán*, *Oscoyam* y *Chiquillam*, porque tales se dicen sus respectivas naciones; mas, los que están en la Cordillera, de una banda y de otra, son puelches, como ellos se nombran”. (f)

¡Y échele Ud. un galgo a esta especie de galimatías!

Mientras tanto, prestaré atención al otro término del binario.

En la memorable Probanza pónense en actividad ya, por parte de los deponentes, ya por la de los intérpretes o lenguaraces, —tres idiomas: el “de la tierra” (huarpe-allentiac o huarpe-milleayac), el puelche y el pehuenche, araucano o chileno, una misma cosa estos últimos. Huelga decir que del núcleo de los procesados, quienes formularon sus declaraciones en el segundo de dichos lenguajes fueron respectivamente, los morcoyanes, los siquillames y los oscollames. Y ¡oh contraste! Sólo el cacique general de los mismos,

(e) Se preguntó: ¿Por qué Caila figura de cacique, no siéndolo dinásticamente? Y contestó Bartolo: Porque trataba bien a la gente y ser de edad y de gobierno, lo nombraron caudillo de dichos Puelches”.

(f) Ya en otra parte se habla de los Puelches “de adentro”. Acaso para designarlos de hacia la pampa y los que estaban “entre las sierras”, —la Cordillera y el Cerro Nevado.

Yoyarri y el hermano de éste, don Juan, se expidieron en el léxico de los Aucaes!

Es que entrambos habíanse criado desde niños allende la Cordillera, y ulteriormente, al radicarse en su país nativo, de este lado de los Andes, —habíanse mantenido en estrecha relación, aun del punto de vista del idioma, de la rapacidad y del malón, con sus vecinos los Pehuenches. (g)

Entre los concretos formulados contra don Bartolo y el hermano de éste, por el Fiscal de la Corona, al tomar la parte que le correspondía en los Autos del proceso de 1658, figura el contenido en el subsiguiente renglón del Capítulo de Cargos que como va a verse, proyecta claridades inesperadas sobre el problema en litigio: el idioma de los puelches en relación con el mapuche y los hablados para la fecha, en las regiones cisandinas, en que, a los efectos de esta gira de estudio he clavado mi tienda.

“Hágole cargo a dicho don Bartolo y a su hermano don Juan... *de ser lenguaraces de la lengua de Chile, no hablándola los de sus tierras siendo diferentes unas lenguas de otras*”.

Parece ser el caso de prorrumpir en el *O felix culpa!* de los Oficios del Sábado Santo; como quiera que una acriminación semejante no hace sino establecer incontrovertiblemente la verdad de aquel aserto que nos es conocido, del historiador Ovalle referente a su hermano en religión, el filólogo Valdivia: “Aprendió la lengua de los Huarpes que es totalmente distinta de la de Chile” (h): palabras estas últimas que asociadas a las del “solicitador del Rey”, ya trascriptas, abonan, a su vez, sólidamente, la tesis que acerca de la introducción del idioma chileno o mapuche entre nosotros, estoy en vísperas de rematar, con destino a la *Biblioteca de Historia Argentina y Americana*, de la que es Mecenas la Junta de Historia y Numismática, —con sede en nuestra Capital Federal (i).

MATRIMONIO -- *Familia — Vida doméstica, etc.*

Caila tenía una hija casada, “a usanza de ellos”, con Am-

(g) Interrogado Alayo de cómo siendo puelche (lo era en efecto), sabe la lengua de Chile? dijo que cuando era mozo, estuvo dos años con los indios aucaes y allí aprendió la lengua con un indio Alvaro”.

(h) Véase la nota 7 de este trabajo.

(i) Lleva por título, éste: *Etnografía Pampa*.

beito, indio puelche. (Declaración de Costanza). Chiuque habíase hallado de paso entre los maloqueadores a la margen del Atuel, simplemente en busca “de una china para esposa de su hijo, y no habiendo dado con ninguna para comprarla, regresó a su tierra”. (El Defensor de los naturales).

Los indios de don Bartolo “venían con todas sus chusmas de hijos y mujeres (j) y los más de los hijos mamando, indios ciegos y viejos, a quienes se les halló en sus tolderías, como lo han de uso y costumbre cuando andan cazando avestruces, guanacos, etc. para poderse sustentar”. (El coadjutor de los naturales).

A propósito de si la caza constituía uno de sus medios de alimentación y su vivienda el toldo “de pellejos”, rústico y portátil, el fugitivo español Eugenio de Figueroa que, ya desde su fuga desde los aukaes vino a caer en manos de los puelches, tomándolo a su servicio, el cacique de éstos, Bartolo, —hacía el siguiente relato: Un día, andando de caza con su señor divisaron a lo lejos unos humos y notando su amo la sorpresa que ésto le producía al esclavo, le dijo “que los hacían los pehuenches que venían a maloquear las estancias de la Compañía y que habían de llevar señoras y *curiches* (negros, esclavos), para servirlos”.

Por su parte, don Bartolo pormenorizó hipócritamente esta incidencia en solo estas pocas palabras: “Vió unos humos y salió a ver quien los hacía y topó con los pehuenches que le dijeron venían a maloquear a los españoles”.

El empleo del humo a guisa de señal, de aviso, de invitación, de alarma, era general entre los indígenas.

Y vuelvo a los alimentos. Ocupaban un sitio obligado entre los mismos, el molle, la algarroba, y algunos otros productos silvestres, papas, semillas, tubérculos.

Preguntado Bartolo qué hacían él y sus indios en las tierras donde les apresaron, contestó: “que estaban cogiendo unas semillas para comer, que hay allí muchas”. (k)

(j) Entre la gente de don Bartolo “se quedaron, cuando se apartaron (de los pehuenches), hasta cuatro o cinco ranchos con sus mujeres e hijos, —de los Pehuenches”. (Declaración de Figueroa).

(k) “El mantenimiento más común (de los Puelches) es la carne . . . y algunas raíces traídas de otras partes que llaman *litu*. (Machoni: *Las Siete Estrellas*, año 1732. En Medina, *Biblioteca Hispano-Chilena*, tomo I, pág. 387). Francisco Fonck, sabio alemán residente en Chile y comentarista de los “Via-

Alaio y Maluén que habían estado también en el propio sitio, en compañía del jefe puelche, dijeron en son de disculpa, el último que él “había ido a proveerse de unas semillas para comer”, y el otro, que “a buscar algarroba”. (1)

El mismo Maluén a la pregunta de a qué había ido con algunos paisanos suyos “arriba del Payén, entre dos cordilleras”, respondió que “a comer molle”. (2)

Y por último, el jefe de los morcoyanes, resuelto ya a retornar a sus pagos, en vista del mal sesgo que había tomado la empresa, expresóle confidencialmente al cautivo Eugenio de Figueroa, al enviarlo de chasqui a los españoles, —que él iba a marcharse enseñada “por la pampa, porque había mucho que comer, y que habían de charquear carne y cojer unas raíces para hacer harina”.

La palabra está dicha: *carnear*. Se trata de lo que para aquellos aborígenes era como el manjar de los Dioses: la carne, la carne de caballo, sobre todo.

jes del padre Menéndez a Nahuel-huapí”, escribe a propósito de lo que comían los puelches: “Se alimentaban, además, de unas raíces silvestres, llamadas el *pihuá*, el *llocón* (talvez el *lloncoto*, según Febrés, semilla de papas para sembrar), el *mutiti* y el *tucuyo* (el *tucutucul*? —lirio silvestre de Febrés) que es la más abundante e idéntica al *ligtu* de Chile. Según la biografía del Padre Guillermo (Juan José, S. J.), el *libtu* de Nahuel-Huapí servía no sólo para comerlo sino para hacer chicha”. (*Diario de la segunda expedición para descubrir la laguna de Nahuel-huapí, por fray Francisco Menéndez*. Desde la página 251).

(1) Juan Moyano, vecino de Jaurúa, dijo en su declaración: “don Bartolo desde el Atuel envió a Diamante diez indias... a que recogiesen algarroba”.

(2) El mismo comentador citado en la nota k, agregaba a lo transcrito: “A falta de la manzana que usaban sus vecinos del norte para hacer chicha, se servían para ello de una fruta indígena, el *muchi*, que es mencionado por varios autores antiguos... Era esta una fruta menuda de unos arbolitos pequeños; la bebida preparada era muy fuerte y olorosa. Guillermo Cox presencié el modo de hacer la chicha y señaló el árbol que produce dicha fruta. Es una variedad o especie vecina del “*luingan*” (*schinus* o *divana dependens*, de Chile)”.

Para los que estamos habituados a contemplar en los valles y sierras de Córdoba la especie referida y alguna otra más del árbol susodicho, con especialidad en *Calamuchita*, que hasta lo trae en su nombre, —tales noticias no nos causan sorpresa: extrañamos, sí, que el sabio Fonck reduzca la planta en cuestión a un simple arbusto, confundiendo la quiza con el arbolito apellidado entre nosotros *piquillín*, cuya fruta, color de oro rojo, es generalmente estimada. Pascual Terrera ha publicado en Córdoba (Rev. de la Univ. Nac. de Córdoba, año XV, núm. 9 y 10, noviembre-diciembre de 1928) un erudito trabajo intitulado, *Contribución al estudio del Molle de beber*.

Dice, pues, él, a mi propósito: “La bebida fabricada con las semillas de las dos especies, *Schinus dependens* y *Schinus latifolius*, es llamada en Chile, chicha y es muy agradable”.

A propósito de estos bárbaros, escribía Gómez de Vidaurre en 1776: “Se alimentan de carne de animales y presentemente, por preferencia, de la carne de caballo (m).”

Y ahora, pues, lo que diríase fuera para Vidaurre y sus contemporáneos, cosa reciente, —para los que hemos recorrido los Autos del Proceso de 1658, instaurado contra los promotores y cómplices de la frustrada maloca a las haciendas de los Valles de Uco y Jaurúa, remontábase poco menos que a la época de Maricastaña, como quiera que el aludido sumario nos hace asistir por varias veces a los banquetes de carne de equino con que se obsequiaban recíprocamente pehuenches y morecoyanes, en testimonio de solidaridad, cuando su expedición a las estancias de más allá del Diamante.

El fugitivo Eugenio de Figueroa hacía la siguiente pintura de estas comilonas:

“Llegaron los pehuenches a los toldos de don Bartolo y mataron un caballo para sus indios; y otro día los pehuenches hicieron una rueda (un *cahuin*) (n) y en ella estuvieron hablando y el dicho don Bartolo con su gente andaba escaramuzeando y corriendo alrededor de los dichos pehuenches y se metió en el medio y quedaron conformes y los dichos pehuenches les dieron a los puelches camisetas y mantas e hilados y el dicho don Bartolo lo recibió y lo iba repartiendo entre sus indios, y a los cuatro días... que caminaron todos juntos para hacer la maloca, y en las dormidas mataron

Y sin embargo, a juicio del historiador Olivares, “la tal chicha debió haber sido aceptable sólo para el paladar de un salvaje”.

De gustibus, etc.

Y voy a dar fin a esta nota.

Como lo ha visto el lector, los puelches usaban de la forma *muchi*, por *molle*: efecto de disparidades fonéticas.

En unas apuntaciones mías acerca de las desinencias *gasta* y *Uacta* usadas por nuestros aborígenes y que dí a luz en 1924 (Rev. de la Univ. de Córdoba, año XI, núm. 7, 8 y 9) hice el balance de las múltiples formas con que designaban los indios, en tierra argentina, a aquel conocido exponente de nuestra flora. He aquí mis palabras: el *molle* en boca de ciertas colectividades puelches era *molli*; en la de los naturales de Córdoba, *mosi* o *musi* (Mosihenen), *moji* o *nuji*, —*moxi* o *muvi*, “Mojigasta”, pueblo; entre los *Yacampis*, de familia diaguita, *Mussi* y *Musi*, —“Musitián”, hoy estancia del coronel Reyes, historiógrafo de su provincia nativa, la Rioja.

(m) *Historia Geográfica Natural y Civil del Reino de Chile*, año 1776. Tomo I, pág. 299-300.

(n) Rueda, parlamento, horrachera, en araucano.

caballos y allí hacían sus parlamentos y venían muy contentos todos”.

En aquellos días, pues, la industria equina, —vale decir, la introducción, adiestramiento y cultivo del caballo había adquirido auge de este y de aquel lado de los Andes, con especialidad, aquende los mismos, entre los indios Puelches y los aborígenes diamantinos, dueños de excelentes y numerosas tropillas, cuya adquisición les facilitaba su proximidad a la Pampa, por ellos frecuentemente recorrida, hallándose en posesión, por otra parte, de los campos del Malargüe, ricos todos ellos de agua y de forrajes.

Perfecta cuenta habíanse dado dichos bárbaros de las múltiples ventajas que la posesión de un animal tan noble les brindaba, no tanto por constituir, según lo he señalado ya, el plato más exquisito de su mesa, sino sobre todo, porque como elemento de movilidad y transporte, artículo de comercio y material de guerra, particularmente en la hora del asalto o del malón, era sin precio.

Viéñenles como de molde a nuestros aborígenes puelches, —que más tarde se enseñorearon de una zona inmensa del desierto, mejor dicho, de la Pampa argentina,— las siguientes cláusulas, plenas de exactitud y belleza, consagradas por Schoo Lastra a los otrora dominadores de aquélla.

“Cuando saltó sobre el caballo, desprendiendo sus plantas del suelo al que habían estado hasta entonces adheridas, llegó el indio a uno de esos momentos trascendentales que dividen dos etapas en la vida de una raza; dispuso de la carne de potro, su alimento preferido; la caza le fué fácil: venados, gamas, guanacos y avestruces, quedaron a su merced. La abundancia de pieles proporcionó relativo bienestar a su existencia. La distancia, hasta entonces un imposible, se redujo a cuestión de tiempo. Tuvo un elemento de transporte para llevar su familia, el toldo que constituía su habitación y pesos considerables a grandes distancias. No hubo ya lugar del territorio para él inaccesible: lanzóse a la llanura, cruzó ríos y torrentes, se internó en las travesías, penetró en la Cordillera por los pasos del Sud, y hacia Oriente llegó hasta donde concluía la tierra, y contempló el mar. Tomó posesión plena del Desierto, entabló relación con sus semejantes y con los cristianos de las poblaciones.

“El caballo a su servicio aumentó considerablemente su capacidad guerrera en las luchas intestinas y luego, cuando unido con los hermanos de raza, se opuso durante el resto de su existencia a los cristianos que avanzaban a sus tierras”. (ñ)

Y volviendo a la expedición puelche pehuenche de 1658, el auxiliar más poderoso con que contaron los protagonistas de ella fué el caballo. Más de un mes echaron desde la Laguna Grande a Champarecat, una jornada antes de llegar al río Diamante, marchando a paso de indio y haciendo jornadas cortas, para dar “resuello” (descanso) y alimentación a los corceles. Pero, también es cierto que por haber llegado despeadas al sitio referido las cabalgaduras, escasas éstas de forraje y los jinetes hambrientos, abandonaron los últimos a sus camaradas de expedición y volvieron riendas camino de los Pinares, con el propósito de hacer pastar de tránsito, el tiempo preciso en el Malargüe, a la caballada.

En cuanto a don Bartolo y sus secuaces, “veíalos” días después el ex - cautivo García “tratar de tomar agua en zurroneos de guanaco y liebre, para atravesar la pampa hacia el Cerro Nevado”.

De ello daba fe también casi con las propias palabras, el otro liberto. (o)

Pero, el lector ya sabe que el proyectado regreso de don Bartolo a sus aduares se frustró, como consecuencia lógica del éxito adverso de la maloca, reagrado con la captura de sus autores, a algunos de los cuales se los condenó a la última pena. No obstante, quiero agregarle todavía a mi haz simbólico otras espigas, recolectadas por mí mismo de ese campo tan interesante, rico y ameno de la etnografía y del folklore puelches, sobre el cual, dijérase, —que la abundancia había volcado sus tesoros. Harélo, sin embargo, con una prudente reserva. Parsimonia es discreción, y no pocas veces, claridad. *Non ad sacietatem, sed ad sobrietatem*: cabe acá muy bien el sabio aforismo de nuestros mayores. Naturalmente, tomaré esos materiales suplementarios del valioso acervo, de que me he venido aprovechando para la redacción de estas notas: la informa-

(ñ) *El indio del Desierto*, por Dionisio Schoo Lastra, Buenos Aires, MCMXXVIII, pág. 31 y 32.

(o) He aquí sus palabras: “trataban de atravesar la pampa y quería llevar agua para la travesía y para esto aliñaba cueros de guanacos y de liebres.”

ción de 1658. Lo que no obstará, sin embargo, para que yo eche mano, cuando lo crea oportuno, de otros veneros ilustrativos.

Y a fin de proveer a la tranquilidad de los lectores, adviértoles que he de concretar estas líneas a sólo la enumeración de algunas de las actividades primarias de los puelches, bajo el trifásico subsiguiente, y siempre ajustado a lo que arrojan los autos del 58, a este respecto: *Comerciales, Sociales y Guerreras*.

Comerciales. Los puelches conchavaban caballos por plumeros a los pehuenches y los Chiquillames a los Orcayames, plumeros a trueque de plumas.

Uno de los testigos, refiriéndose al pasado de Bartolo aseveró que éste había ido a Chillán a rescatar mantas a los Aucaes.

El hermano mismo del Jefe Supremo de las indiadas puelches afirma haber ido junto con su hermano, en 1657, a Chillán y Maule a rescatar caballos y otras cosas a trueque de plumeros, pellones y plumas coloradas. Uno de los declarantes expresó que él le había comprado el capotillo que lucía, a uno de los pehuenches, a precio de un caballo.

El cacique de los Chiquillames sincerándose, declara que él había estado en el campamento de los de don Bartolo, a orillas del Atuel, junto con su esposa e hijos, “porque habían ido a conchavar plumeros a trueque de caballos”.

Uno de los reos afirma que los Pehuenches y los puelches habían ido “a tierra de cristianos, a conchavar caballos”, y debía de ser que lebreles también, como quiera que a Juanillo, hermano de Bartolo, se le había oído exclamar, hipócritamente, en son de protesta contra los Pehuenches, sus conmlitonos de maloca, que si lo hacían en demanda de perros y caballos, él podría proporcionar-selos.

La gente de don Bartolo, —léese en otra parte del sumario—, “conchavó flechas por plumas” a los Pehuenches, y aún se agrega que aquellos “les compraron ropa” a estos últimos. Pero, esto reclama ya nuestra atención sobre otro aspecto de la vida y costumbres de los Puelches, —el militar, el guerrero.

Eran estos indios en extremo inhábiles y poltrones, incapaces hasta de “sobrar una manea”, como se expresaban otrora nuestros viejos campesinos. No podían, en consecuencia, proveerse por

sí mismos, con los recursos de sus manos y de su propia mentalidad, ni de vestido ni de armas ofensivas o defensivas o de cualquiera otros implementos, como se estila hoy aún en los estrados. ¡Qué habían de hacerlo aquellos bárbaros no aguijoneados jamás por ningún instinto noble: gentes, que según las describiera uno de nuestros cronistas, “andan casi del todo desnudos, usando de unas zamarras de pieles de huanaco, que les sirven de vestido y de cama, viviendo bajo toldos portátiles de cuero y durmiendo donde les coje la noche”. (p)

Tuvo algo de sainete la actitud asumida por los valientes de Bartolo la tarde en que se presentó entre sus toldos el retén militar, enviado por el Corregidor en busca de ellos. Valientes, he dicho, y horas después, al iniciarse el proceso, les clasificaba ante las autoridades españolas, de “gallinas”, su jefe, porque tras de un aparato de resistencia, concluyeron por rendirse miserablemente, desmintiendo así el elogio que les había tributado un siglo antes, en su *Puren Indómito*, don Fernando Alvarez de Toledo, por estos versos:

“Los Puelches fuertes, bravos y ligeros
de grandes cuerpos y únicos flecheros”...

Témpora mutantur...!

Si, los tiempos se transfiguran, se cambian y con ellos, los puelches de los días de don Bartolo habían sufrido, a lo que parece, inmutaciones de trascendencia del punto de vista étnico y espiritual. Y como expresión simbólica de un cambio semejante, se presentaron en la tarde referida, a los ojos de los españoles, con el pelo cortado por delante, a la manera de los pehuenches y embijados y pintados como en tren de pelear, siendo que esto lo practicaban sólo para jugar a la pelota o en señal de duelo por el fallecimiento de éste o de aquél de sus progenitores. Creyeron impedir con tal patraña la identificación de sus aliados; y sólo obtuvieron que subiese de grado lo cómico del sainete; el cual llegó a su culminación con el registro minucioso efectuado por los españoles, en los toldos luego, en seguida, que aquéllos los abandonaron.

(p) Antonio Machoni, S. J., año 1732, en Medina, Biblioteca Hispano-Chilena, t. 1º, pág. 387.

A propósito de esta diligencia he aquí uno de los párrafos del escrito presentado por el Fiscal de la Corona o solicitador del Fisco en defensa de la Real Justicia contra don Bartolo y sus cómplices de maloca.

“Por vista de ojos se les halló en sus toldos polleras, jubones blancos, camisas, vestidos de paño, plata, armas, cosoletes, freños, espuelas, fustes aucaes, que (aún) cuando solamente se les hubiese hallado armas, eran para ofender con ellas, y no los despojos de nobles señoras principales, forzadas y cautivas y demás vestuario de españoles que habían muerto en el asalto de Maule (q), cuyas muestras las manifestó el Cielo pidiendo venganza de tan lastimosos sucesos, muertes de inocentes y de religiosos como se vido en la sotana del hermano Escobar de la Compañía de Jesús (r) que mataron en Maule y asolamiento que hicieron en Chillán...”.

La tienda del cacique Yoyarri nos trae a la memoria el cofre del no menos célebre gaucho, pleno de años y de experiencia, de capacidad y de gracia, retratado al daguerrotipo por el autor de *Martín Fierro*.

Aquel cuerpo de delito denunciaba a la gente de don Bartolo y sus aliados como rateros empedernidos. Ni el jefe de la banda ni sus satélites pudieron justificarse. En son de esto, aseveraba el primero, que la plata había sido de propiedad del español Pedro García (el evadido) y la ropa y demás prendas y chismes, de los pchuenches, quienes se los habían conchabado.

Mentía.

Interrogados sus secuaces sobre lo mismo, en esta forma: “¿quién trajo la ropa de capotillos, calzones, coletos, camisas y plata de resello y columnas que se hallaron en poder suyo?” contestaron unánimes, lo propio que había respondido su jefe.

Mintieron conjuntamente; pero, Juan, cacique de los Chiquillames, proporcionó la clave explicativa de todo. Interrogado por

(q) Casi dos años antes de la fracasada invasión del 58 en jurisdicción mendocina habíanse verificado sucesivamente de la otra banda de la Cordillera, las malocas a las ciudades de Chillán y de Maule, por indios chilenos y no pocos puelches, y que tan desastrosas fueron para los españoles.

(r) El padre Enrich en su *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, tomo I, libro 2º, Cap. 21, registra detalles interesantes acerca de estos hechos luctuosos, junto con la biografía del Hermano Lorenzo Escobar, a quien se alude por los declarantes.

el Lugar-Teniente de Capitán General, “si sabía qué gente había entrado en Maule a maloquear” (s): dijo que algunos de los de don Bartolo habíanse dirigido a la otra banda de la Cordillera y juntándose con los que se encaminaran a efectuar la maloca, siendo uno de ellos el hermano de Yoyarri. De ahí se les había visto regresar trayendo sombreros, espadas, frenos, espuelas, y plata, y entre los cautivos a dos señoras, una de las cuales era muda, y en fin, la sotana del hermano de la Compañía. A los autores de estos robos se los había puesto a buen recaudo: eran morcoyanes, y el declarante los conocía de vista.

Todo en armonía con los preceptos de su moral, colocados bien de manifiesto por el caso que sigue, uno entre los muchos que pudiera yo aducir, de idéntica estirpe.

Requerido el cacique de Ríveros de por qué se le había visto como rondando a inmediaciones del real de la gente de don Bartolo, —respondió que, como le habían robado a él unos caballos, habíase dirigido en persona a aquel asiento para hurtar otros tantos, a fin de integrar su tropilla.

Si los principios informan u orientan, de verdad, los actos humanos. —el robo, el asesinato, el malón, la rapacidad y la saña no fueron en los aborígenes referidos sino una consecuencia lógica de sus modos de ver, de sus maneras de pensar. Nada extraño podrá parecernos entonces, si, un siglo o una media centuria más tarde se los viera a los mismos, como de hecho se los contempló tantas veces, y, en no pocas, aliados con otros salvajes, cruzar a galope tendido la pampa, en jurisdicción bonaerense, cuyana o de Córdoba, para ir recién a sofrenar los bridones, ante la población indefensa, la caravana de viajeros dormidos o la tropa de carretas descansando en la pascana o alrededor del jagüel, y echar pie a tierra todos con rítmica uniformidad y lanzarse al asalto como una manada de tigres o una jauría de lobos hambrientos.

¡Qué de veces no fueron teatro, testigos o víctimas de tan pavorosas tragedias nuestras inermes colonias o los dismantelados fortines que las custodiaban!...

(s) Marzo 15 de 1657. — (Enrich, lugar citado en la nota precedente, —párrafo N° 15, pág. 633).

COROLARIOS

A punto de ir yo a encarar el asunto difícil y complejo, que al tenor de uno de los esquemas que planean los actuales estudios, —debía ser abordado por mi pluma, a base misma de los nomencladores,— tropieza ésta con una seria dificultad, —insalvable por el momento,— como quiera que el presente sector, tercero y último de mis *Aborígenes*, está ya en prensa,— y fuera indiscreto o inoficioso, por ende, requerir largas de parte de las linotipias. Dejando, pues, reservada para días mejores, si Dios me los acuerda, una tarea semejante, ardua, escrupulosa y paciente, — presentaré a los ojos del lector, como en un a manera de haz o florilegio, algunas, siquiera, de las observaciones, conclusiones, hipótesis o puntos de vista, que me han sugerido, acá y allá, éstos o aquellos de los temas tan numerosos y varios de toponomástica huarpita (allentiac o millcayac) y aún puelche, contenidos en los nominadores o empadronamientos que acabo de revistar, de algunos de los cuales me he ocupado ya, aunque de paso simplemente en estas páginas.

A este objeto, aplicaremos la atención a cierto número de vocablos, de la procedencia indicada, extrayéndolos del *Vocabulario Breve de la Lengua Allentiac*, por el célebre jesuíta de quien ya reiteradas veces, he hecho mención, seleccionándolos particularmente de entre los que, por la etimología, sean de mayor oportunidad e importancia para cada caso en discusión: debiendo yo, por mi parte, a los objetos del examen de cada uno de ellos, su confrontación con el similar o similares suyos y hasta para ensayar reintegrarlos a su estructura nativa, serviréme de los métodos o disciplinas indicadas a este respecto, por las autoridades científicas, etnólogos, filólogos, etc.,— o al menos (cuando no podemos ir por la carretera, por el camino real, nos aventuramos por el atajo) o al menos, iba a decir, de ciertos cánones, normas, avisos o conclusiones, que figuran en mis haberes correspondientes, cuya extracción científica yo no podría identificar, como quiera que constituyen el fruto óptimo, precioso, así lo estimo yo, —no sé si ingenuamente,— de una labor afanosa, intensa, perseverante y poco menos que heroica, de treinta y aún más años, talvez, en los archivos de dentro o fuera del país, removiendo expedientes y protocolos o aventurándome pa-

cientemente, ávidamente por entre sumas o colecciones documentales, a estilo de las de José Toribio Medina o de nuestro Levillier, en demanda, no sólo de antecedentes históricos, sino a la vez, de materiales geográficos o toponímicos, *noms de lieu*, que dijera el gran Longnon y de onomástica gentilicia, —unos y otros de procedencia aborigen,— para la confección de mis Nomencladores. La observación es uno de los *modus vivendi* de la ciencia, como lo son en no pocas veces, la hipótesis y el procedimiento inductivo. No se me exija, pues, el porqué científico, técnico, lingüístico o filológico de las conclusiones a que arribo en mis búsquedas o cateos sobre el campo o la derrota de mis preferencias; ya que a mi interlocutor le respondería yo siempre, como el ciego de nacimiento, sanado por Jesús, cuando saduceos o fariseos le interrogaban sobre el cómo de su curación: “Lo ignoro, contestaba, pero sé que antes no veía y ahora veo”, —o cual el filósofo griego ante el escéptico de marras, para demostrarle la realidad del movimiento. La convicción o la verdad entra de ordinario, con mayor eficacia, por los ojos.

De entre las normas, cánones o postulados, (prácticos) a que acabo de aludir, fruto según he dicho, de largos años de investigación y de estudio en la mayor parte, si no en todos los acervos documentales del país y, no pocos del extranjero,— a la vez que, en materiales impresos que enriquecen actualmente nuestros glúteos, de las mismas procedencias también, y contentivos de datos y de juicios, muy interesantes, referentes a la toponimia y geo-étnica prehispánicas de la hoy República Argentina,— quiero consignar acá los más trascendentales, para tenerlos a la vista, a la mano, y servirme de ellos como de focos o troles, a los efectos de la ejecución de mi plan.

a) *Inmutaciones de vocales.*

La *a* y la *o* se sustituían en los idiomas de Cuyo, y no pocas veces sustituíalas a entrambas la *e*. La dicción *Guantota*, (valle) triforme, según aparece, *Guantota*, *Guantata* y *Guanteta*, es un magnífico exponente de inmutación de letras, del género referido, señalándose como más frecuente o común, entre las vocales *a* y *o*: v. g., *potu* y *patu*, río, *all all potu*, *all all patu*, río de la Plata;

amta y *omta*, cacique, régulo, señor, —*guatumpal* y *guatumpol*, de la toponimia tunuyana en jurisdicción de Mendoza y en fin, *Anquiel* y *Onquiel*, también de la susodicha procedencia.

En lo que concierne a la *a* y la *u*, lo propio que a sus hermanas *e* e *i*, media idéntico intercambio y con no menos profusión que en todos o la mayor parte de nuestros idiomas indígenas: *tumta* y *tanta* o sea, *ctanta*, sierra, montaña; *amta* y *unta*, cacique, señor, por una parte, ⁽¹⁷⁸⁾ y por otra, *Conomeja* y *Conomixsa*, —*Coituque* y *Coituqui*,— *Hubcequián* y *Hubciquián*: con identidades o casos de esta índole se tropieza muy a menudo en boca de las indíadas cuyanas.

También descúbrese cierta reciprocidad entre la *u* y la *i*: *Gualisutec* y *Gualusutec*: circunstancia que nos hace sospechar que la *u* sonaba en boca de estos aborígenes semejante a la *u* araucana, la teutona con diéresis y la del léxico francés, en casos como *nu*, *vu*, *du*, desnudo, visto, del.

b) *Inmutaciones de consonantes.*

Son también equiparables, del punto de vista fonético, la *s* sibilante y la *ch* francesa o el *scia*, (*lasciate*) del idioma del Dante: *Siliguasi* y *Siliguachi*. La famosa laguna existente entre las jurisdicciones de Mendoza y de San Juan, aparece llamada respectivamente, *Guanacache*, *Guanacaz*, *Guanacase*: lo que aleja la idea de que interviniese en su estructura, el vocablo, *cachi*, sal o salado, del lenguaje de los quichuas. Lo propio ocurría entre la *ch* y la *y* (griega) en casos como el siguiente de la onomástica sanluisaña: *Yomeomta* y *Chomeomta*.

Huelga agregar que la *l* y la *r* se daban la mano, liquidándose aquélla en ésta y recíprocamente, a la manera andaluza, v. g. *Taltal* — *tartar*, y trocándose una u otra, a veces, en *n*: es notable este caso de identidad ofrecido por la toponimia de la jurisdicción de Mendoza: *Tulumaya* y *Tunumaya*, uno de sus ríos o simplemente arroyos ⁽¹⁷⁹⁾ y este otro, *Riamio* y *Namio*, un cacique de Mendoza.

(178) V. g. *Choronta* — *Chorunta*, un mandón huarpe mendocino, año 1562.

(179) La nomenclatura geográfica de Córdoba, en el sector norte de ésta (Tulumba) ofrece este hermoso tríptico reflector de esta múltiple sustitución: se trata de la localidad apellidada *Lumacara*, *Rumicara* y *Numicara*, a la vez.

La sustitución recíproca de las consonantes *n - m*, *l - y*, *ch - y*, *ch - t*, se comprueba respectivamente, por los vocablos que van a continuación, extractados también de mis prontuarios de apellidos indígenas: *n=m* (ene igual a eme), *anta* y *anta*, cacique, *Ananta* y *Ananta*, un indio de Uco; *l=y*: *Mulmuy* y *Muymuy*, apellido indio, lo propio, *Calambel* y *Cayambel*; *y*, en fin, *t=ch*, en *Malarante* y *Malarancha*. (180)

Se sustituían también, (diríase que ello era una paradoja) las letras *p* y *c*: *Sobpa* y *Sobca*: este caso era frecuentísimo entre los diaguitas. En boca de los niños mismos de habla española ¡qué de veces no les habrá oído decir el lector: *cuerta* por *puerta* y *cuchero*, por *puchero*, etc.

Igual fenómeno de inmutación ocurría en boca de nuestros aborígenes, entre las consonantes *d*, *t* y *q*: *Detelelián*, *Quetelelián* y *Tetilián*, este último término, afectado, como se ve, por la intervención o influjo de la aféresis.

c) *El metaplasmo en el léxico de los aborígenes de Cuyo.*

Y ya que al metaplasmo acabo de aludir, haciendo mención de una de sus formas, —tan convencido estoy del papel destacadísimo por él desempeñado en el léxico, uso y fonetismo de los idiomas americanos, que juzgo conveniente, —mejor dicho, indispensable—, reproducir en este sitio, a objeto de incorporarlo a las que he apellidado normas, reglas o conclusiones, aquel cánón tan precioso del etnólogo azunceno, comprobado por la experiencia de su autor y la de quien lo aprovecha nuevamente en las actuales páginas: “En estas lenguas polisintéticas de América, de aféresis, síncopas y apócope [y metátesis, agrego yo], los vocablos se mutúan a discreción” (181).

(180) También ofréncense sustituciones a estilo de éstas: *c=r*: — *Guaepala* y *Guarpala*; *t=r*: — *Yucleta* y *Yuclera*.

(181) Es útil, especialmente para los lectores que no han afrontado este género de estudios, reproducir acá la definición que da el Diccionario de la Lengua Española de cada especie o clase de metaplasmo.

Aféresis. — Metaplasmo que consiste en suprimir una o más letras al principio de un vocablo; v. g.: *norabuena*, por *enhorabuena*; *Colás*, por *Nicolás*.

Apócope. — Metaplasmo que consiste en suprimir una o más letras al fin de un vocablo; v. g.: *algún*, por *alguno*; *gran*, por *grande*.

Metátesis. — Metaplasmo que consiste en alterar el orden de las letras de un

Pero, antes de abordar desde este nuevo punto de vista, mi trabajo, aunque sólo sea *cálamo currente*, conforme lo he declarado ya, . . . pero siempre con tesón y la constancia de la Ruth famosa, númen y modelo, para tareas como la mía, en este instante de recolección, clasificación y ordenamiento de los ricos materiales de estudio que nos ofrece la onomástica de Cuyo, bajo los aspectos étnico - geográfico, histórico y lingüístico, y que yacen, poco menos que hacinados en las trojes cuya entrada acabo de franquear a los lectores, —antes de proceder a la labor preindicada, iba a decir,— debo, en demanda de mayor aprovechamiento de los que talvez me hayan venido siguiendo hasta esta altura, en el decurso de la actual indagación, remitirlos nuevamente, a las normas, postulados o avisos que constituyeron como el asunto madre del capítulo primero de los presentes ensayos.

Decía yo, pues, en el lugar indicado: “Los cuadros de nomenclatura huarpe que, por orden alfabético reproduzco más adelante, en este volumen, nutridos todos ellos de una copiosa toponimia y de temas no menos numerosos de prosapia gentilicia, establecen con la dialéctica abrumadora de las cifras, este hecho de capital importancia para el caso: las hordas prehispánicas, que poblaron el país de Cuyo, bajo la denominación común de indiadadas huarpes, dejaron en no escaso número, en toda la extensión de su habitat, huellas profundas, sobrevivientes hasta hoy, acá y allá, como columnas miliares o dibujos rupestres, que atestiguan el paso o la estada de una generación indígena, autónoma, independiente, libre, hasta que la sojuzgaron los incas o los conquistadores hispanos: hecho incontrovertible, ante el cual huelga todo comentario. Una simple vista de ojos ante las series de nombres estampados en nuestro nominátor huarpe lo dice todo.

Por otra parte, el material étnico - geográfico que registra este último contribuirá, sin duda, en mano de los sabios, a la solución del problema planteado no hace mucho por el reputado profesor E. Lehmann Nitsche con estas palabras: “La clasificación de las tribus primitivas es para los antiguos autores, simplemente geográfica,

vocablo; v. g.: *perlado*, por prelado; *dejalde*, por dejadle; metátesis que ya no se usan.

Sinopa. — Metaplasmo que consiste en suprimir una o más letras en medio de un vocablo; v. g.: *Navidad*, por Natividad.

la faz lingüística poco les interesaba, pasando lo contrario hoy en día.”

Impónese, pues, a base de los Nomencladores otra tarea, que sólo a mérito del sello que la caracteriza, objetivo, mecánico, estadístico, voy a ensayar abordarla: que a fincar ella, por el contrario, en un campo genuinamente científico, constituiría ya, de mi parte, una indiscreción o una temeridad, el aventurarme, sin los suficientes acopios, en una empresa semejante, vale decir, de índole reconstituyente. He de tentar, eso sí, algunos ensayos a este respecto, pero siempre con la precaución y las reservas del caso, y según ellas se relacionen con las finalidades que anhelo.

Un trabajo expurgatorio de la naturaleza indicada se impone ineludiblemente, ya que en lo que atañe a la reproducción gráfica de las nomenclaturas autóctonas, sea cual fuere la procedencia de ellas, y la ubicación de las de carácter geográfico, reina la disconformidad, el desorden, la anarquía, desde los albores mismos de la conquista, así en las actuaciones judiciales, notariales y administrativas como en las cartas de los misioneros, descubridores y colonizadores, memorias procedentes de las autoridades, ya civiles, ya religiosas, relaciones de los cronistas primitivos y de nuestros historiógrafos de más fuste, y hasta, por último, en la vieja cartografía del país que tan escasa representación tiene en nuestras mapotecas: fenómeno debido, sin duda, a la intervención de factores y de hechos de índole diversa: unos inherentes a la naturaleza misma de las entidades en acción: aludo a las disparidades dialécticas, modos, giros, aspectos propios, característicos, de cada idioma, según el medio y las localidades de su predominio, y otros extraordinarios, circunstanciales, pero de no menos significación e influjo, a saber, los cruzamientos lingüísticos, provenientes del intercambio comercial y de sangre, recíprocos entre comarcas y tribus circunvecinas; la influencia sugestiva de los quichuizantes, o sea, de los incayanaconas venidos en calidad de guías o de intérpretes al lado de los expedicionarios y primeros colonizadores europeos, y, a más, la hispanizadora de estos, más acentuada, más poderosa todavía en el sentido de la adulteración de los temas geográfico-gentilicios de los naturales. Salta a la vista que estos últimos carecían, por una parte, de la cultura filológica necesaria, y por otra, de los

registros o elementos gráficos a propósito para la reproducción oral y escrita de algunos de los sonidos que ellas sorprendían en el léxico de los aborígenes: circunstancia a que lógicamente debemos atribuir, en muchos casos, las variantes que ofrece gran número de las entidades o temas geo-étnicos, registrados en nuestros viejos acervos documentales, —de fonetismo dual, diré así, efectivo o relativo, semejante, v. g., al de la *u* francesa o al de la *s* sibilante de algunos de los hijos de España, pues, careciendo, según he dicho, los colonizadores iberos, de los medios gráficos indispensables, de que nos hallamos bien aprovisionados hoy, para reproducir sonidos como los en cuestión y mucho más, a una como bifurcación, sirviéndose respectivamente, ora de la *u* de su propio lenguaje y de la *i* simplemente, ora de la *ese* y de la *ch* conforme ellos la pronunciaban. Algo análogo acaecía en otros casos de índole similar. Los pormenorizaremos a unos y otros en los diagramas que van a continuación.

AFERESIS

Ayanta... Yanta; Caleyuta... Aleyuta; Caueltuna... Eltuna; Cayambel... Yambel; Illanque... Yanque; Tojoymeta... Goymeta; Juljora... Uljura; Coyata... Ujata. Otupán, u Otupén... Tupén, etc.

APOCOPE

Aganpire... Aganpil; Caubabanete... Caubabané; Coscala... Cala; Guatasiqui... Guatasi; Neccuracanta... Necuranta; Omantaya... Omanta; Saonay... Saona; Yamplicanta... Yampi; Villicunta... Villicun.

METATESES

Guantata... Guatanta; Ibercayta... Iuricayta; Naclao... Naarco (r=1); Tunuyán... Ununtayán.

SINCOPA

Coibincha... Cobincha; Chicala... Chigla; Jocjogolén ... Jocjolen; Alemantabal... Alamen; Malaranta... Malara; Malarancha... Malancha; Neccuracanta... Neuracanta, también Neccuranta; Putiunca... Putunca, también Putienca.

Merced a la intervención del metaplasmo de este o aquel tipo de los enunciados, y a los trueques de vocales y consonantes, al tenor de la sinopsis de los mismos que llevo adelantado, produjéronse alteraciones y cambios de no escasa monta en la estructura de muchos de los temas, geográficos o gentilicios, de los por mí incorporados a los nomencladores, a extremo de que *prima facie*, se los podría considerar como amorfos a más de uno de ellos: debiendo yo añadir, por mi parte, a objeto de mejor esclarecimiento, según ya lo insinué en otro lugar, que semejantes fenómenos obedecían a influencias biológicas, o diferencias dialécticas, meztizaciones, intercambios comerciales, etc., etc. Y no debo limitarme, por cierto, a sólo estos dichos y aseveraciones; quiero abonarlos incontinenti, de una manera objetiva, es decir, a base de casos o de algunas entidades onomásticas, según las iremos seleccionando de los prontuarios de nomenclatura huarpe, a nuestro servicio, o de los núcleos que acabo de señalar como afectadas por ésta o aquellas de las figuras de construcción que ya he descrito.

Y daré comienzo por el vocablo *alentiaya, tunta, sierra, cerro, montaña*, que en tal forma lo sorprendió el padre Valdivia en boca de sus neófitos, pero, en la de otros indígenas coterráneos de ellos, aunque de clanes y tolderías diferentes y sin que mediasen entre unos y otros, relaciones de próxima vecindad, se trocaba respectivamente en *camta, anta, ancha, unta y onta: Neccuracanta o Neccuranta, Cayocanta, Chalanta, Pamcanta, Malaranta o Malarancha y Zonda o Zonta*, finalmente; y, cosa rara!... a la flexión o desinencia *tunta*, así, con todo su atalage, vale decir, con toda su estructura, no he conseguido sorprenderla en la orografía de los Nomencladores; y si alguna o más veces se me ha presentado ella a mis ojos, ha sido recién después, que la habían despojado de algunos de sus atributos, letras o sílabas, la apócopa, la aféresis, y hasta la síncope, quizás.

Ejemplos: *Tulán, Tudcún o Tutcún, Villicún y Tuctata*, esta última por *Tuctanta*, con toda probabilidad, y las primeras, por *Tuntunta, Tudcunta y Villacunta*, respectivamente. ⁽¹⁸²⁾

No es menos digna de que se la tenga en cuenta la difusión

(182) Acaso pudiera incorporarse a estos temas, el de *Luntunta*, conocidas terms de Mendoza.

que adquiriera este vocable aún fuera de los límites territoriales del País de Cuyo, multiforme, según acabo de presentarlo y aún con algunas otras variantes: *Vulcan* (. . .ta) y *Tan. . t. ñl* (Tandil) en jurisdicción de Buenos Aires; en la de Córdoba *Yacanto* (“Yamcanta”, restaurado) “sierra alta o grande”; *Altautina* o “Autantina”, (reconstruído), sierra de las minas; *Canchisara* (también *Chaquenchuna*), cerro áspero o pedregoso y los temas que siguen también contenidos en los títulos territoriales correspondientes a la estancia de Alta Gracia y pueblos y tierras anexos otorgados a Juan Nieto en 1588, a saber: las sierras de *Lacanacamchira*, *Onacamchira* y *Vina-canche*; ⁽¹⁸³⁾ en el valle de Calamuchita, *Pococha Campichira*; ⁽¹⁸⁴⁾ en el de Punilla, *Anta tica*, “cerro del mineral”, que corresponde más o menos al que está en frente del hoy paraje u hotel de La Falda ⁽¹⁸⁵⁾; *Canta*, a secas, sierra o monte, —hoy San Cristóbal, al norte de la mentada iglesia de *Candongá*; nombre este último, que, a no ser de procedencia española, lo fuera indígena, *Canta-unga* “sierra o loma de las sanguijuelas, de las garrapatas”; al este de la población de Deán Funes, la sierra de *Igualucunta* ⁽¹⁸⁶⁾; en Santiago del Estero, dentro de la antigua merced de *Ambargasta*, el cerro y aguada de *Oncan(ta)* y *Guascan-*

(183) Véase mi *Triptico Histórico*, (Alta Gracia), pág. 14, nota 3.

(184) Arch. de Trib. — Córdoba. Ira., leg. 94, exp. 3, año 1650.

(185) Acaso, aquellos aborígenes tenían por tal, a la apellidada “Gruta de San Antonio”. (Arch. de Trib. Córdoba, Escrib. 1 de exptes. Leg. 72, exp. 2, año 1639). Que el vocable *tica* se usaba por los indios de Córdoba con significado de metal, mineral, casi no me cabe duda. Fuera del caso, *antatica*, se nos presenta este otro, aún más concreto, más interesante.

A principios de 1598, entablóse un pleito ante los tribunales de Córdoba por varios encomenderos de dicha jurisdicción, sobre mejor derecho a ciertos indios, clanes o pueblos indígenas del Valle de Salsacate o de la Campana (hoy departamento Minas). Se labraron informaciones. Uno de los testigos indios, a los efectos de probar la coartada, como si dejéramos, o sea, la fecha más o menos aproximada de la mudanza de ubicación de una de las poblaciones litigadas, dijo que aquello había acaecido “quando entraron los españoles a los *Ticas* a llevar metales”. (Arch. de Trib. Córdoba: escrib. de Hipt. Expedientes, legajo 6, exp. 5, año 1598). Confróntese esta palabra *Tica* con el vocable *Payentigac* del *Nomenclador Huarpe-Puelche-Pehuenche*, de este libro, sin olvidar lo que dice de Moussy acerca del famoso Cerro del Payén, — un mineral opulento. (*Description*, tomo II, pág. 386-387). Nótese, por otra parte, la presencia de la radical *ty*, en *Tica* y *Payentica*, que en el vocabulario Lule-Tonocoté, de Machoni y en la toponimia diaguita, — *Famatina*, *Vinchina*, *Guaytiquina* y aún en el mítico *Paititi* y *Titicaca* significa metal, mineral, oro, plata, según las circunstancias o el contexto de las expresiones.

(186) Arch. de Trib., Córdoba: fichas o extractos en poder del Autor.

(ta), y en la sierra de *Sumampa*, como a 35 kilómetros al oeste del *Ojo de Agua*, el cerro de *Cantamampa*, vulgo, “cerro del diablo”; y, por último, en La Rioja, *Abaucán* (Abaucanta) o “el cerro encantado”, como lo apellidaron los españoles de la conquista (187).

Y habrá reparado el lector en la circunstancia verdaderamente notable, singular, que nos pone como sobre la pista de la etimología u origen del nombre autóctono que carga nuestra famosa cordillera, *Anti*, los *Andes*? Pues bien, con toda probabilidad, debe ésta su apellido a aquel mísero arrinconamiento de aborígenes huarpes, sorprendidos por los españoles en el valle de *Guantata*, y de cuyo idioma hizo arte y vocabulario el insigne religioso de San Ignacio, Luis de Valdivia, reimpresso más tarde por Antonio Medina y ulteriormente glosado por la erudita pluma de nuestro general Mitre.

Como alguien pudiera poner en duda todavía la verdad de la tesis de emergencia que vengo dilucidando, —magüer los hechos con que he ensayado abonarla,— allegaré, a los fines de su mejor esclarecimiento, otra serie de casos, la apellidaré número dos, que, asociados a los de la primera, dejarán, si cabe, más sólidamente comprobada la irradiación que he atribuído a los idiomas indígenas del País de Cuyo, más acá o más allá de sus fronteras.

Potu o patu, en idioma allentiac. Lo sorprendemos en *Chubut* (*Chu...put*) que Claraz oyó *Chupat*, en boca de los naturales; en *Sanborombón* o *Sanbodombón* (188)... *botombón... butumbón... put...umbón* —río y bahía de este nombre, en provincia de Buenos Aires.

Asociado al susodicho vocablo, *potu*, este otro, de idéntico origen, *all all*, nos sorprende una nueva entidad hidrográfica, en la que éste ocupa el sitio correspondiente, a mérito de proceder uno

(187) De ambos modos aparece designado este cerro famoso en documentos de principios del siglo XVIII, cuyas copias obran entre mis papeles, y sus originales, en el Archivo Judicial de la ciudad de Córdoba. (Escrib. de Hac. o 2da., leg. 9, Exp. 21, año 1705). El nombre hispano acaso no es sino la versión en romance del significado del apellido indígena.

(188) Así, en un manuscrito antiguo, que obra entre los papeles del autor.

y otro de un idioma sufijador, según la clasificación hecha *in casu* por Lafone (189).

Allall potu, río de la plata: tema hidrográfico interesantísimo, a que ya consagré en este propio trabajo, amén de las líneas contenidas, a su respecto, en el Nomenclador General, las que *in extensu* registra el capítulo VIII, de las que creo muy del caso hacer un resumen acá.

“Por la vieja documentación notarial de Mendoza descubrí que uno de los ríos de la parte austral de su territorio se llamaba *All all potu*. Lo incorporé a mis ficheros, seguido de esta anotación etimológica: “Río del oro”, como quiera que oro, en el vocabulario de la lengua Allentiac, es *al al*, *all all*, o *al*, escuetamente. Pero el etimologista habíase equivocado con toda evidencia, al asignar a tan valioso tema aquella significación, según pude informarme algún tiempo después, recorriendo el expediente de mensura de los terrenos de la estancia del Ancón o Encón (Sud de Mendoza), ejecutada con todos los requisitos legales, a principios de marzo de 1729....”

“Para reconocer dicha estancia, antes de empezar la mensura, la dí vuelta, y habiéndola reconocido, empecé dicha mensura desde el río de “las Tunas”, llamado el día de hoy, así, y antiguamente, el río de *Allalpato* (o *Allalpotu*), que quiere decir en nuestra lengua el *Río de la Plata*; y la razón es que este río o arroyo sale del cerro llamado *Tupungato*, que tiene fama de rico por sus minas, que parece ser preciso de hacer esta explicación por los tiempos venideros, porque dicho río es lindero postrero del sur de dicha estancia del Ancón, y por saber esto, llamé al capitán Andrés Díaz, mulato libre, el cual se crió en dicha estancia y que sabe la lengua de los indios. Es de edad de sesenta años...”

Con el vocablo indígena precedente se relaciona otro de la propia índole y procedencia, de que yo me ocupé en el mismo capítulo enunciado y en el Nomenclador: *Carcarnegua*, nombre de un río de Mendoza, corriente en *Uco*, al sud de dicha provincia: tema que, a la postre, no era sino una inmutación de este otro, huarpe también: *Carcarniag*, “blanco”; pero dotado, sin embargo, acá de

(189) *La Raza Pampeana*, Buenos Aires, 1900, pág. 81.

una etimología especial, de un significado característico, que reclama de mi parte una breve exposición de motivos.

Al evocar yo el empleo exorbitante del metaplasmo en los idiomas autóctonos de Sud América, no vacilé en agregar que en los del país de Cuyo, a las mismas oraciones y concordancias se las mutilaba o invertía caprichosamente, haciéndose intervenir a destajo, o sacándolas de sus órbitas, a la elipsis y demás figuras de construcción que ya llevo pormenorizadas. De ello dan fe los siguientes temas de Onomástica indiana, que extraigo de los nomencladores huarpes: *Guatanta* por *Guantata*, *Ununtayán* por *Tunuyán*, *Tupungato* por *Putuncati*, *Polocón*, simplemente, por *Polocón Pallasay*, *Alamén* o *Tabal*, indistintamente, por *Alamentabal*, y este otro, en fin, que es el de circunstancia, el de mi alusión, el de mi caso: *Carcarniag*: el mismo que reintegrado a su estructura de origen, quedaría en esta forma: *Carcarniag allall potu*, o sea *all all*, oro, *carcarniag*, blanco, *potu*, río, “río del oro blanco”, y, a la postre, río de la plata: versión de que ya tenemos noticia por la mensura de los campos del Ancón: que, a no mediar este dato, a pié juntillas, habríamos traducido *río del oro*, ya que según el léxico y vocabulario del jesuíta, oro, es *allall*, *all*, o *al*, escuetamente, y *all all carcarniag*, (oro blanco), plata. Según esto, lo mismo se designaba al blanco metal, por aquellos indios, con la dición *carcarniag*, así, a secas, que con la de *all* o *al*, escuetamente.

A base, o mejor dicho, en alas de tan preciosos antecedentes, ensayé ya un salto o vuelo lírico, según lo recordarán los lectores, desde las márgenes del *Allall potu*, río o arroyo de la Plata, mendocino, en dirección a la arteria de la propia denominación, tributaria de la Mar del Norte (el Atlántico) y me detuve a inmediaciones de la Torre de Caboto, cerca, muy cerca del sitio mismo en que el río de *Carcarnegua* o *Carcarañá* (léase *Carcarniag*) confunde sus aguas con las paranaenses y a pocos pasos talvez, del en que debió de realizarse en 1526 la entrevista del intrépido Veneciano con los querandías, indios “de cerca o del pié de la sierra”, según ellos a sí propios se decían (190), señalándole a lo lejos al

(190) “Vinieron ciertos indios de la nación de los querandís, los cuales . . . son vecinos del pie de la Sierra, donde tenían relación que avía la dicha riqueza”. (Declaración de Caboto, ya citada).

marino, la famosa cadena orográfica, en la que, —a estar a los informes suministrados por los bárbaros susodichos,— comenzaban las minas de “oro e plata”, de las cuales a su vez, “descendía” el *Allall potu* o *Carcarnegua*, río blanco o Río de la Plata. Y ¡oh coincidencia rarísima y bella!... El *Allall-potu*, señalado por la vieja mensura de la hacienda del *Encón*, en territorio mendocino, llevaba semejante apellido porque conforme al testimonio de uno de los vástagos de los primitivos moradores de la comarca, sobreviviente hasta entones, —nacía del cerro llamado de los naturales, en su léxico, *Tupungato*, “famoso por sus minas”: digno también de atención, bajo otro respecto, por parte de nosotros: como quiera que es un exponente de alguna de las modalidades características que llevo individualizadas, —idiotismo, solecismo, barbarismo, o lo que fuese, del léxico en cuestión.

EL IDIOMA ARAUCANO AQUENDE LA CORDILLERA

Por más de uno de los cultores de los estudios histórico-etnográficos del pretérito argentino, —entre nosotros, se ha dado, ora en tono de convicción, ora en el de una sospecha vehemente, al idioma general del Reino de Chile o Mapuche, como uno de los hablados al tiempo de la venida de los españoles, por algunas de las naciones o tribus asentadas en las precordilleras andinas al sud de Mendoza, más allá del río Diamante, hasta el Payén, desde la margen del río Colorado, a la vera de las Pampas hasta el Lago de *Nahuel-huapí*. (191)

Mas, a vista de la Sumaria, por mí reproducida, referente a la invasión de 1658, acaudillada por Yoyarri y a base de otras piezas documentales, —éditas ya,— de algunas de las cuales me he aprovechado más arriba y de otras no, hasta este momento,— estimo, a despecho de la autoridad de sus autores, como harto discutible la manera de pensar a que acabo de aludir. Excepción hecha de algunos casos esporádicos o de emergencia, simplemente, el idio-

(191) “Son sus cuadrillas trece, —escribía Pietas en 1729 y siempre están arrimadas a la Cordillera; por la vera de las Pampas corren desde el Cerro de Payén hasta el mismo Nahuelhuapí”. (Carta Memorial de Gerónimo Pietas sobre las costumbres de los Araucanos, Puelches, etc. Datada en Concepción de Chile a 11 de junio de 1729. En Gay, *Historia de Chile*, tomo I, *Documentos*, pág. 500 a 502).

ma araucano o mapuche no estaba unido aún de la carta de ciudadanía en las referidas comarcas, cuando el arribo de los europeos al seno de las mismas, vale decir, que no se había incorporado hasta la fecha, a aquellas *cuatro lenguas diferentes y dificultosas* que la asamblea jesuítica celebrada en el primer tercio del siglo diez y siete, a las orillas del Mapocho, denunció como existentes, a la sazón, en las susodichas comarcas.

En la memoria decriptiva del viaje de exploración que efectuara en 1620 de orden del gobierno de Chile, el capitán Juan Fernández, en demanda de noticias acerca de la mítica ciudad de los Césares, el Linlín, la Trapalanda, etc., tropezamos a nuestra vez con los datos cuyo extracto va a renglón seguido, referentes a este asunto.

Llegados que hubieron los de aquella expedición memorable a la laguna de Nahuel - Huapí, "navegaron por ella hasta ocho leguas, al cabo de las cuales dieron en unos indios puelches, los que examinados, les dijeron que los caciques más principales de la tierra se llamaban *Ylaquilé* y *Yaquiloy*, y que estos indios servían a las ciudades de Osorno y Villarica cuando estuvieron pobladas". (192) Justamente para la fecha de esta exploración hacía cerca de cuatro lustros que ocurrieran tan deplorables sucesos, —1600 y 1601, respectivamente,— habiendo figurado entre los asaltantes, dice Enrich, muchos de los yanaconas e indios de servicio, procedentes de esta parte de los Andes. Aquellos aborígenes, pues, súbditos de *Ylaquilé* y *Yaquiloy*, o de sus antecesores, debieran de traer desde la región chilena a ésta del lado oriental, y más concretamente, a las riberas del Nahuel - Huapí, los primeros gérmenes quizás del idioma mapuche, llamado a desarrollarse poco a poco, para convertirse con el rodar de los años en el lenguaje dominante de la referida gente. "Dos lenguas en contacto ha dicho un eminente filólogo, se funden en una nueva que participa de las dos". (193)

Cerca de un siglo más tarde, venidos a dicha comarca desde Chile los jesuitas Felipe Laguna y Juan José Guillermo para continuar la obra evangélica de su antecesor y hermano de instituto, padre Mascardi, el segundo de ellos, apenas llegado a territorio

(192) Su devastación llevóse a cabo en 1598.

(193) A. Giménez Soler, "La España primitiva según la Filología"; Zaragoza, 1913, pág. 6.

chileno, viósele consagrado al aprendizaje de las tres lenguas bárbaras de uso en la mencionada región cisandina, la puelche, la poya (tehuelche) y la mapuche. Y a este propósito el padre Machoni, en los apuntes biográficos que consagró al padre Guillermo, dice lo siguiente: “Para ser provechoso en su ministerio, se aplicó desde que llegó de Europa al estudio de la lengua general de Chile, de la cual alcanzó perfectísima inteligencia. En los Puelches, aunque al principio, por entender éellos la lengua general, les instruía y predicaba en ésta, se dedicó a aprenderla [a la puelche] con tal tesón, que al cabo de dos años la hablaba perfectamente, e hizo Arte de ella para facilitar su estudio a los misioneros que entrasen de nuevo.” (194)

Esto de dedicarse el mencionado padre Guillermo a la redacción de un nuevo Arte del idioma puelche, —habiéndolo escrito ya para 1646, el padre Santisteban, según ya lo he referido, (fin del Cap. IV),— sería, o porque los manuscritos de este padre habríanse extraviado ya para entonces, o que el idioma en referencia, después del medio siglo que mediara entre uno y otro de los misioneros filólogos, habría sufrido variantes tales en su morfología o fonetismo que impusiesen una tarea semejante. En síntesis, según parece, no se sabe nada sobre el paradero de ninguno de aquellos manuscritos.

Conforme a una carta del padre Camaño, S. J., (195) el idioma araucano iba asegurándose más y más para aquella fecha, de la hegemonía lingüística en boca de los puelches. Ocupándose, pues, aquel Jesuíta de los indios “habitantes de la cordillera Andes”, a los que les aplica de paso, la denominación de *Serranos*, dice: “el idioma de éellos no es diferente del Chileno o araucano;... mas los que están en los países orientales, tienen acento un poco gutural”.

El sagaz explorador y etnógrafo Francisco Fonck, en su libro intitulado “Viajes de Menéndez a Nahuel - huapí”, dice a nuestro propósito: “Como los autores Jesuítas están unánimes en que la lengua de los Puelches era diferente de la araucana, y el Padre Falkner (año de 1774) afirma que los indios de Nahuel - Huapí

(194) *Las siete Estrellas de la Mano de Jesús.*

Impresión de 1732. En Medina, *Biblioteca Hispano-Chilena*. Tomo I, desde la pág. 387.

(195) Año 1782 — citada por Hervás, (Edic. de 1800).

eran de raza araucana, el esclarecimiento de su etnografía se hace difícil. El padre Menéndez (franciscano, como se recordará) encontró a fines del siglo diez y ocho en Nahuel-Huapí indios que hablaban araucano: de donde podríamos deducir talvez que los puelches visitados por los padres [Laguna y Guillermo] no fuesen sino restos de los indios pampas, es decir de los *Taluhet* y *Diwihet* de Falkner, absorbidos posteriormente por los araucanos.”

EPÍLOGO

Heme aquí de nuevo en los contrafuertes andinos a que me he trasladado con mi tienda de campaña y mis manuscritos por los mismos medios de locomoción que llevo ya ensayados desde las Cordilleras al estuario y vice-versa, a los efectos de esta gira espiritual, ardua, muy ardua, pero que me ha recreado en más de una ocasión con bellísimos panoramas y héchome gustar de las delicias paradisíacas del oasis: . . . ¡y en mi ancianidad! . . . Porque este libro es, genuinamente, el libro del anochecer de mi vida: de tanto más hondo cariño para su autor, cuanto uno de sus capítulos más interesantes, el cuarto de la serie, viene consagrado al pueblo heroico de San Juan, su terruño inolvidable y muy querido.

Mas, ¿por qué esta nueva escala en una peregrinación tan penosa y ya de arribo a la estación final de la jornada? . . .

Me asisten para ello motivos de congruencia, y aún de lógica, talvez, por una parte, y por otra, pienso que los que abonaron el caso de Pascal no son extraños al mío. Circunstancias hay, en que le corresponde ocupar al sentimiento el sillón de preferencia en los estrados del alma.

He querido rubricar en territorio cuyano, antes de confiarlas a la prensa, las cuartillas consagradas por mi pluma a la raza indígena que otrora lo habitara.

Mas, he aquí que al proceder a este acto, para mí solemne, y desparramar la vista, vagamente, automáticamente, desde las riberas del Diamante hacia el sud, sud-este y nor-este, vale decir, rumbo al Payén, al Cerro Nevado y la Pampa, viéneme a mientes, de golpe, esta pregunta: ¿De dónde procederían las hordas que poblaban, cuando la venida de los españoles, este suelo y en que merodeaban todavía, a mediados del siglo diez y siete, con la denomi-

nación de *Morcoyanes*, *Chiquillames* y *Oscollames* y la general de *Puelches*? (196)

Arduo es el problema, me digo a mí propio, e inabordable sin el material de información necesario. Lejos de mí por consiguiente, pero ni aún en una mínima dosis, el intento vano y estófico de encarar, así no más, como a tontas y a locas, su estudio, en sen de dilucidarlo.

Debo manifestar, sin embargo, ingenuamente, que ya de tiempo atrás había yo reparado en semejante problema, pero sólo de paso, y hasta registrado en mis cuadernos de notas las que recogí cierto día, concernientes al tema —hojeando como a la ventura a varios de los historiadores de Indias: datos o referencias que me permito transcribir ahora, en calidad de post-scriptum —novissima verba— al pié de los borradores actuales, ya rubricados por el autor.

Pienso que el haz de testimonios en referencia, acreditados por tan preclaras firmas redundaría, acaso, en beneficio y medra de quien, en plazo más o menos próximo, —armado ya caballero para las lidias incruentas, nobles y hasta heroicas, en no pocos casos,— de las ciencias de investigación, se empeñase con ánimo resuelto en la tarea que vengo individualizando, relativa a ese a manera de nudo gordiano que del punto de vista de su paleo-etno-geografía, oírece hasta hoy a las divagaciones de la mente la precordillera argentina, desde la zona en que he asentado mi real: nudo, enigma o problema que únicamente el hombre de estudio sabría deshacerlo o solucionarlo, y no la espada del conquistador, llamárase éste Alejandro de Macedonia, Rauch, Adolfo Alsina, o Julio A. Roca.

He aquí, pues, mi contribución, mi aporte, talvez decantado en demasía, por su dueño.

Varios de los cronistas de Indias mencionan, cuando no pormenorizan, los choques o colisiones frecuentes que ocurrieran entre las tropas del Inca y las de los indios *Chancas* o *Charcas* fronterizos suyos y enemigos irreconciliables, entre ellos Montesinos en sus

(196) En comprobación de la exactitud de este aserto, vayan acá las siguientes evocaciones:

Los *Chiquillames*, —de la familia puelche,— que para 1658, hablaban su idioma propio, y no el araucano, —para los días en que Gómez de Vidaurre (1776) escribía su *Historia Geográfica, Natural y Civil del Reino de Chile*, “su lengua era un idioma chileno muy ccrrupto y gutural”. Conocemos ya las visi-

Memorias (197), Garcilaso en los *Comentarios*, Rosales, en su *Historia General del Reyno de Chile*, (198), Cobo, en su *Historia del Nuevo Mundo*, etc., etc., hallándose contestes todos en aseverar que les era siempre adversa a los segundos, la fortuna, a extremo de que tras de la derrota que les infligiera el inca Pacha cútic, viéranse obligados a extrañarse por sí propios y para siempre de su país: resolución heroica relatada por el último de los historiadores referidos, en estos términos:

“Hizo otra jornada en que acabó de pacificar los *Charcas*, que todavía andaban inquietos y no cesaban de intentar novedades y revueltas por librarse de la sujeción de los incas, porque, como hombres hechos a mandar sentían mucho el ser mandados de otros. Al cabo de haber hecho lo último que pudieron para cobrar su libertad y no habiéndola conseguido, perdieron de todo las esperanzas de verse señores como antes, y con extraña rabia y desesperación, tomando por caudillo a un valeroso indio por nombre *Anco Allo*, se ausentaron de su patria muchos y embarcándose en balsas en un brazo del río Marañón, se metieron por las montañas de los Andes, que caen al Oriente de aquella provincia, sin que se supiese más de ellos”. (199)

citudes del habla de los puelches. Nada de Mapuche para 1620. (Viaje de Juan Fernández); puelche, tan solamente,— salvo rarísimas excepciones, para 1628: —en 1704, el padre Guillermo, misionero jesuita, “aunque al principio por entender ellos (los puelches) la lengua general (la Mapuche), les instruí y predicaba en ésta, pero esperando haría más fruto hablándoles en la suya propia, se dedicó a aprenderla con tal tesón que en dos años la hablaba perfectamente” (Machoni, *lug. cit.*). Mas, para 1774, según el padre Falkner pudo comprobarlo, los puelches de Nahuel-Huapí como los del Río Colorado, etc., no hablaban ya sino el mapuche. Lo mismo, el insigne franciscano Meléndez, en su viaje al célebre lago, notó que aquellos aborígenes sólo usaban ya del habla chilena, “aunque se servían además de otra lengua”. Debía de ser la suya propia, que a la sazón ya había perdido bastante terreno.

Pedro de Usauró Martínez, citado por Fonck, refiriéndose al idioma hablado por los puelches de aquellos días, se expresaba en estos términos: “es el mismo que el araucano, pero tiene la pronunciación cerrada y conglutinada hacia los fauces, formando un eco o graznido de pájaros”.

(197) *Memorias antiguas Historiales y Políticas del Perú*, por el licenciado D. Fernando Montesinos, Madrid, 1882. Constituye el tomo décimosexto de la “Colección de Libros españoles raros o curiosos”. Los antecedentes de referencia se contienen en el cap. V, uno de cuyos párrafos empieza así: “Entre otras provincias del Perú, hay una grande y extendida en los *Chanca*s llamada *Antaguailas*...”

(198) El nombre completo del autor es Diego de Rosales, S. J. Figuró en el siglo XVII. Su *Historia* recién fué impresa en 1877.

(199) Como ya se verá, Garcilaso le apellida *Hanco Huallo*.

Más explícito es todavía el inca Garcilaso, quien pone en el ánimo del jefe de los alzados la siguiente resolución, con las palabras exhortativas del caso.

“Quiso (el cabecilla de ellos) más procurar su libertad, desechando cuanto poseía, que sin ella gozar de otros mayores estados. Para lo cual habló a algunos indios de los suyos y les descubrió su pecho.....

“Por el amor entrañable, que en común los indios a su señor natural tienen, fueron fáciles los Chancas de persuadirse unos a otros, y en breve espacio salieron de su tierra más de ocho mil indios de guerra de provecho, (200) sin la demás gente común y menuda de mujeres y niños, con los cuales se fué el altivo *Hanco uallo*, haciendo camino por tierras ajenas, con el terror de sus armas y con el nombre de *Chanca*...

“Con este acuerdo caminó arrimándose a mano derecha de como iba llegándose, hacia las grandes montañas de los *Antis*, con propósito de entrarse por ellas y poblar donde hallase buena disposición, y así, dicen los de su nación, que lo hizo, habiéndose alejado casi doscientas leguas de su tierra; mas, por dónde entró y dónde pobló, no lo saben decir, más de que entraron por un gran río abajo y poblaron en las riberas de unos grandes y hermosos lagos”. (201).

La pregunta que a sí propio se hizo allá en su tiempo Garcilaso, cabe también en la pluma del redactor de estos apuntes o en los labios de quien pacientemente los recorra: ¿qué dirección adoptaron los prófugos y a dónde fueron a radicarse?

Los datos que los fugitivos transmitieron a sus coterráneos y éstos, más tarde, a los primitivos cronistas de Indias, constituyen hoy por hoy, para los estudiosos, una pista interesante, y sumados

(200) El padre Diego de Rosales en su citada obra (libre I, cap. XVII) los hace ascender a una cifra mayor. Al principio de la Conquista del Perú por los españoles, se retiraron treinta mil indios, dice, “entrándose por entre las cordilleras” y caminando muchas leguas llegaron a una laguna y campos fértiles, donde fundaron una ciudad, cuya descripción se asemeja, observa el sesudo Steffen (Véase última nota del presente trabajo) a la que hace de los “Césares” españoles de la Patagonia. Por donde se ve que Rosales refundió en una sola las dos famosas evasiones, la de los mitimas del Tucumán (región diaguita) para la venida de los españoles y la de los *Chancas* ocurrida con anterioridad.

(201) *Comentarios Reales del Perú*, tomo II, cap. 26, pág. 165. Edición: Madrid, 1723.

a aquéllos, los que he conseguido espigar,— en los campos de la toponimia o de la paleo-etnografía huarpe, según se contienen acá y allá, en las páginas del presente volúmen, podrá trocarse ya, tal vez, la pista en derrotero.

Ahora, algunas reflexiones o glosas alrededor de estos hechos y testimonios.

Se alejaron los fugitivos doscientas leguas de su país, asevera el autor de los Comentarios Reales. Ahora, pues, a los efectos de la apreciación de la referida distancia, téngase presente 1°: que los colonizadores hispanos repartíanse la tierra por ellos conquistada y efectuaban judicialmente la mensura de ella, ajustándose a la unidad de medida que encontraron vigente entre los naturales peruanos, impuesta por los incas: circunstancia en virtud de la cual según en uno de los testimonios documentados que tengo a la vista, —los primeros clasificaban a la legua de los últimos: de *legua del Inga*,— “*de los ingas*”, o simplemente de “*legua peruana*”; y 2°, que la proporción o diferencia que mediaba entre una y otra legua, era la que sigue, —reproduzco textualmente la fórmula que se registra a este propósito en el preindicado documento: “donde hay veinte y seis leguas (de tipo español o de Castilla) echan (los naturales del Inga) catorce o quince” (202).

Y agrega el cronista: el ejército de emigrados “caminó arriándose a mano derecha de como iba llegando, hacia las grandes montañas de los Antis, con propósito de entrarse por ellas”.

Evidentemente, habidos en cuenta el punto de arranque de su partida y el plan de su jornada, esa sería su derrota. pero, por dónde traspuso los Andes “y pobló” no lo supieron decir los que al cronista informaron, coterráneos de aquéllos, “mas de que entraron por un gran río y poblaron en las riberas de unos grandes y hermosos lagos”.

De gran río o Río Grande intitulaba en 1658 D. Bartolo, cacique general de los Puelches, al río Colorado, a cuya vera paseaban estos sus portátiles chozas, cuando no las extendían en los alrededores del Malargüe o de aquellos dos grandes y espléndidos la-

(202) Tal lo declaraba un auto oficial de índole administrativa, dictado en Córdoba del Tucumán a 23 de Dic. de 1730, a propósito de la mensura de los terrenos de Guayacate, de la referida jurisdicción, según consta por su Arch. Gral. de Trib., 2da., leg. 59, E. 13 — año 1780, fol. 328.

gos de histórica celebridad, el *Yancanelo* y el *Curu-lauquen* hasta que el molle y la algarroba madurasen en los sitios donde estas frutas de bendición abundaban.

Un detalle.

El jefe de los chancas extrañados se llamaba, según ya lo saben los lectores, *Hanco Huallo*, denominación que también se asignó, pluralizándola a los súbditos o conmitones de él (203).

Ordinariamente, los poblados o tolderías indígenas tomaban el apellido de sus régulos: operándose también en no pocos casos la inmutación a la inversa.

Tengo incorporadas al Nomenclador General, anexo a estos estudios las entidades geográficas o toponímicas cuyos nombres reproduzco a continuación, pero sin los renglones ilustrativos correspondientes sobre los cuales podrá pasar vista el lector trasladándose, si le place, a los lugares de referencia.

Culu guallo *Ullu Allo*

Ullu Colla *Ullu Guaina*

todos de timbre y de morfología peruanos ostentando además el cuadrilátero estas características: los dos primeros temas afectados por la aféresis y constitutivos, uno y otro, de uno solo, distintos los restantes y de todos ellos, de una discreta semejanza el que ocupa el primer término, *Ulu guallo*, con el nombre del intrépido caudillo de los ocho mil, —*Hanco Huallo*.

Y no es que yo asigne, por mi parte, demasiada significación a este hecho, pero tampoco lo contemplo despectivamente. Bien pudiera suceder que nos hallásemos en presencia de un caso de homofonía, tan solo, —o que más bien hubiésemos tropezado con un trozo de granito o de piedra labrado,— un chapitel,— por ejemplo, que para los ojos de un cateador hábil o de un arqueólogo fuese una revelación: la existencia en el subsuelo, —a inmediaciones del sitio del hallazgo,— de algún templo, de un palacio, de una cripta, a que hubiese pertenecido el chapitel o el atributo arquitectónico encontrado. A base de una o dos tibias y de un fragmento cra-

(203) Don J. de Santa Cruz Pachacuti dice en su *Relac.*: "Salió el inca Iupanqui al allanamiento de los *Ancoalllos* y *Chancas*". (J. de la Espada, "*Tres Rel. de Ant. Per.*" — Madrid, 1879)

neal sorprendidos por Ameghino en las entrañas del Monte Hermoso, labróse una teoría antropológica o relacionada con el origen del hombre, que tuvo gran revuelo en las escuelas de su tiempo.

Es preciso, por otra parte, —finalmente,— que a mi caso de toponomástica indiana, —*Anca Huallo* — *Ullo* o *Colla guallo*, no se lo aísle de ninguna manera de las circunstancias memorables, que lo precedieron.

Entre tanto, a la vez, que confío a las disquisiciones de los sabios el problema que acabo de plantear, doy a luz este trabajo,— *improbis labor*,— sin más aspiración u objeto que formar u organizar un acervo, —regional, si así place a los lectores,— que redunde... que redundará, sin ninguna duda, (modestia a un lado) en utilidad y pro de los estudios étnico - geográficos, históricos y sociales del país. ⁽²⁰⁴⁾

(204) Cedo a la tentación de reproducir al pié de esta página, última de *Aborígenes*, el párrafo que sigue, penúltimo, a su vez, de un trabajo reciente del sabio y discreto Dr. H. Steffen, sobre "los fundamentos Histórico-geográficos de la leyenda de "Los Cesares". Como verá el lector, su trascripción es oportuna. Dice así: "No es mi propósito de seguir aquí la evolución de la leyenda de los Cesares en sus fases posteriores, durante las cuales se le agregan aún otros elementos extraños que permiten hacer una distinción entre "Cesares españoles" y "Cesares indios". Me limitaré a citar un documento del cual se desprende que hacia fines del siglo XVI la tradición relativa al éxodo de grandes tropas de indios peruanos que huyeron de su país en la época de la Conquista, fué relacionada con la antigua "gran Noticia" de "los Cesares". En el "Informe sobre el Reyno de Chile, sus indios y sus guerras", escrito en 1594 por Miguel de Olaverria, se dice que después de un sangriento combate cerca del río Maule en que el ejército invasor de los peruanos fué derrotado por los indios del país, "los que quedaron, así por huir su furia como por aver tenido noticia de que en este tiempo habían entrado españoles en el Perú y prendido a su Rey, es cierto que traspusieron y pasaron la gran Cordillera... y ay opiniones que no vinieron al Perú a causa de estar los españoles apoderados de sus tierras, y que estan poblados en lo que llaman de Cesares sobre la mar Norte, de que ay noticias y muchas señales". El sargento mayor Olaverria que tomó parte muy activa en las guerras contra los araucanos durante el último decenio del siglo XVI, pretende haber recibido esta noticia de boca de "indios de mucha edad... de quienes yo fui informado". (GAEA, *Anales de la Sociedad Argentina de estudios geográficos*. Buenos Aires, 1928, tomo III, N° 1).

A P E N D I C E F I N A L (*)

1678. Carta a S. M. del Dr. D. Valentín de Escobar Deán de la Cathedral de Buenos Aires informando acerca de la falta que había de religiosos de la Compañía de Jesús para acudir a las misiones de su cargo. — Buenos Aires 23 de Agosto. — (Arch. Gral. de Indias. Est. 75. Caja 6. Leg. 9).

Señor

En conformidad de las reales zedulas de Vuestra Magestad, se me ha pedido por parte del Padre Provincial de la Compañía de Jesús destas Provincias que, como Provisor y Vicario general y Gobernador deste Obispado del Río de la Plata, que siendo Dean desta santa Iglesia exercí todo el tiempo de la Sede Vacante por muerte del reverendo obispo D. fray Christobal de Mancha y Velasco, informe a Vuestra Real Persona con las noticias que e adquirido en este tiempo y con las que tengo por ser natural y originario de esta provincia, el número de los religiosos misioneros de esta Religion de la Compañía de Jhesús que será necesario les conceda Vuestra Magestad para que vengan a la propagación evangélica y cumplir con su instituto de misioneros en esta Provincia, assi en la conservacion de los fieles ya reducidos como a reducir muchas naciones de ynfeles bárbaros que el demonio tiene ciegos en sus ydolatrias por falta de operarios evangelicos, a los ojos de la nacion española y la religion christiana y porque Vuestra Magestad encarga con catholico zelo muy particularmente se procuren reducir a la fee por medio de la predicación evangelica en la nueva zedula de 29 de Mayo de 75, deseando saber assi de las naciones ynfeles que ay en estos partidos o comarcas como de los medios que se pueden poner para su conuersion: dare principio a mi informe por este punto.

Digo Señor que en esta dilatada Provincia de Buenos Ayres y sus confines ay innumerables naciones barbaras que perecen por falta de operarios evangélicos y durara su miserable perdicion si el Apostólico zelo de Vuestra Magestad no les ymbiase como dueño a quien Dios y su Vicario en la tierra tiene encomendada esta mies y pide *Ut mittat operarios in messem suam*: lo primero en las riueras y vertientes de los dos caudalosos rios Paraná y Uruguay que corren por centenares de leguas por montes serranias y bañados, desde las reducciones y doctrinas de que cuydan los religiosos de la Compañía de Jesús y muchos más en el rrio que llaman Grande que baja de las sierras del Tapé con varias vertientes hacia la mar, de los confines del Brasil e yslas convessinas, ay muchas naciones bárbaras que perescen por falta de operarios evangélicos, porque los de la Compañía de Jhesús no pueden alejarse tanto sin hacer falta a sus doctrinas y nueva chistianidad que con tanto celo, trabajo y sangre han reducido a pueblos, mayormente quando están en algunos un solo padre y en otras impedidos de achaques que han adquirido con lo mucho que en sus misiones han trabajado, y assi piden y esperan socorro de compañeros.

Lo segundo, desde esta ciudad hasta el estrecho de Magallanes hay esplendísimas campañas, riveras y bañados de ríos que salen a la mar, pobladas por aquellas costas y en el comedio desta tierra, muchas misiones de

(*) Al dar remate a estas páginas, llega a mi mesa de trabajo, esta interesante pieza documental, cuyo texto va acá reproducido íntegramente; no habiéndose por esta razón tomándose nota de ella en ninguna otra parte del presente volumen. Nótese que esta Carta es posterior veinte años a la memorable información de 1658, con la cual tiene puntos de contacto la primera.

ynfieles que llaman los Césares, por la tradición que hay de que en aquellas costas e yslas poblaron los españoles que en tiempo de nuestro cathólico César y emperador Carlos quinto se derrotaron y perdieron los navios, cuyo descubrimiento se nitentó desde esta ciudad antiguamente y se dejó por hauer errado el camino y tomádole por los bañados y bagíos, auuiendose de coger más arriba hazia las cabezadas de los ríos por tierra más alta, como se ha reconocido y se colige de la relación que remitió a esta provincia el Apostólico operario Padre Ricardo Mascardi, de la Compañía de Jhesús que, asistiendo en Chiloe, fue llamado y acompañado de los Indios Poyas que con su Reyna se hallaban allí, con singular Providencia del Señor que disponía coger el fruto de su sangre en varias naciones nuevamente descubiertas desta vanda de la Aspera Cordillera dispuesto aquel gentilismo para reseuir el evangelio si se les socorre con operarios desta Provincia por donde es más fácil la entrada de que informaran a Vuestra Magestad los Padres Procuradores que van a ponerse a vuestras reales plantas y de como entro el dicho Padre Mascardi acompañado de dichos Indios Poyas y su Reyna por aquella tierra, de donde escribió había hallado tan copiosa mies y también dispuesta y deseca de cenocer al verdadero Dios, que baptisó innumerables ynfieles que no tenían Idolatrias, y de allí pasó a otras dos naciones llamadas Puelches y Peguelches, donde también hizo el mismo fruto, baptisando y doctrinando a muchos, en que se detubo tres años; y queriendo passar al gentío dicho que llaman los Césares con algunas noticias de que había pueblos Españoles de la gente naufragante de los nauíos perdidos hazia esta parte de Buenos Aires y el estrecho, en el camino le mataron yndios bárbaros, en odio de la ley Evangélica que predicaba, dejando regadas con su sangre aquellas provincias cuyos frutos desean ir a coxer, prosiguiendo su mission y predicación, los religiosos desta Provincia a quienes había embiado rrelacion el Apostólico dicho Padre Mascardi, por ser mas fácil la entrada por esta banda sin passar la cordillera ni por los feroces yndios guerreros Araucanos que estorban el passo a los de Chile.

La tercera mission y conquista espiritual que Vuestra Magestad con Apostólico zelo encarga, es la de las eplayadas campañas que hay desde esta ciudad hasta la de Mendoza y Provincia de Cuyo, que llaman Pampas y la falda de la cordillera de Chile, en lo que corresponde a la jurisdiccion de dicha Provincia: gente bárbara, feroz, carnicera y muy perjudicial, porque impide el commercio desta Prouincia con la de Tucumán y Chile, misión que los vecinos de la ciudad de Mendoza an solicitado a los Religiosos de la Compañía de esta Provincia, conociendo su fervor y ofreciéndoles escolta y ayuda y ymbiando la relacion del innumerable gentío que de nuevo an descubierto entre la cordillera y unas grandes lagunas, donde, fuera del gentío de que se tenía antes noticia, ahora nuevamente, con ocasion de haberse alejado los vesinos de Mendoza a unas baquerías, descubrieron cosa de cinquenta leguas de aquella ciudad entre unas lagunas grandes que hazen las vertientes de un rio caudaloso que diez leguas de Mendoza baja de la cordillera junto con las vertientes de las lagunas de Guanacachu y la cordillera, una rineonada de tierra firme de a diez y doze leguas de ancho y muy larga que corre hazia el estrecho, muy poblada de yndios, que en las tolderías primeras que toparon en espacio de diez leguas, dizen avria mas de diez mil yndios que, aunque al principio les causaron gran rezelo, luego con la comunicacion le desecharon, viéndolos afables y que les vendieron cavallos, plumeros y piedras besoares a trueque de vizcocho y vino, siendo de varias naciones y entre ellos algunos ladinos en la lengua española, pero todos en traje de Pampas y con bárbaro modo de vida, añadiendo que eran muchos más los que había por aquel comedio hazia abajo, entre la cordillera y las lagunas y que comunicaban con los yndios Aucaes de la guerra de Chile y tenían de sus armas; y aunque hallaron cantidad de ganado del que buscaban, le dejaron y se retiraron a toda

priessa, temerosos de que no se moviese entre tanto número de bárbaros algún tumulto.

Estas son, Señor, las noticias que he adquirido del excesivo número de infieles Gentiles e Idólatras que rodeau esta Provincia y ocupan sus confines y campañas; y esta es la mies que executa al Apostólico zelo de Vuestra Magestad a que embie bastantes operarios de la Compañía de Jhesús que la cojan aunque sea a costa de su sangre y de sus vidas, como lo an hecho en las naciones ynfieles y no menos bárbaras que tienen reducida a vida política. exemplar, christiana, tiel y rendida a Vuestra Real Persona en diez y siete rreducciones de numerosas almas que tienen a su cargo en esta jurisdicción de Buenos Ayres, para cuya conservación y aumento y para acudir a los ministerios de su instituto en las tres ciudades de este Gobierno, no basta el número de treynta y quatro sugetos que son los que he visto traer a los padres Procuradores en varias vezes, quanto y más para el empleo de tanta gentilidad como tengo referida, sin los que necesitarán las Provincias del Tucumán y Paraguay no menos llenas de ynfieles y gentiles, como ynformarán a Vuestra Magestad los que las tienen a su cargo, siendo estos religiosos en todas partes los que llevan el peso de la educación de las almas y predicación evangélica a todo género de gentes y a todas las horas, assi en las ciudades como en los alrededores, ríos y labranzas de los vezinos pobladas de mucha gente miserable y pobre de que se les recrese ser mayor el número que tiene esta Provincia de rreliгиозos baldados, enfermos y ympedidos que pudiera venir en una mission dé sugetos.

Represento a Vuestra Magestad esta necesidad pública por la obligación que por tantos títulos me corre y debo al zelo de christiano desseoso de que se reduzga tanta gentilidad al conosimiento del verdadero Dios y que Vuestra Magestad tenga el desempeño de su christiandad fervorossa en la predicacion Evangélica.

La Diuina Providencia guarde Vuestra Cathólica persona como sus reynos y señorios han menester. Buenos Aires 23 de Agosto de 1678.

Don Valentin de Escobar Bezerra (rubricado). — (Archivo de la Curia Diocesana — Leg. 57).

FUENTES DE INFORMACION

A — SECCIÓN DOCUMENTAL O MANUSCRITOS

I — *Archivo Civil y Administrativo de Mendoza.*

- a) *Protocolos*
 - b) *Expedientes civil-administrativos*
 - c) " *procesales*
 - d) " *de visitas oficiales a repartimientos*
- | | | |
|------------------|---|---------------------|
| <i>de indios</i> | } | 1 — <i>Mendoza</i> |
| | | 2 — <i>San Juan</i> |
| | | 3 — <i>San Luis</i> |

II — *Archivo Judicial o de Tribunales de Córdoba.*

- 1 — *Protocolos o Escribanías*
1^a. 2^a. 3^a. 4^a.
- 2 — *Expedientes civiles y administrativos*
Registro 1°. 2° 3°. 4°.
- 3 — *Procesales.*
- III — *Archivo Parroquial de la Iglesia Matriz de Mendoza, fines del siglo XVIII.*
- IV — *Ficheros del autor o de sus colecciones de papeles manuscritos.*
- V — *Tres empadronamientos de indios de la Provincia de Conlara (San Luis de la Punta) siglo XVII, 1ro. 2do. o 3ro.*

B — SECCIÓN IMPRESOS

- I — *Lecciones de Historia de Mendoza, por José Aníbal Verdaguer, Pbro. — 1ra. parte, 1ra. edición, Mendoza, 1918.*
- II — *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile. Publicados por José Toribio Medina. Santiago de Chile, 1901.*
- III — *La cuestión de límites entre Chile y la República Argentina, por Miguel Luis Amunátegui. Tomo 1ro. Santiago de Chile, 1879.*
- IV — *Historia de la Provincia de San Luis, en dos tomos, por Juan W. Gez. Buenos Aires, 1916. Sólo nos referimos al primer tomo, en nuestras citas.*
- V — *Diccionario Geográfico Argentino, por Francisco Latzina. Buenos Aires, 1911.*
- VI — *Censo de San Juan de Cuyo — 1910.*
- VII — *La presente obra “Los Aborígenes del País de Cuyo”, cap. IV, pág. 34 a 35.*

PABLO CABRERA
Pbro.

Córdoba, Setiembre 24 de 1929.